

YO, NOSOTROS, NADIE. EL JUEGO DE NO SER PERSONA.

Una exploración narrativa.

LAURA CAROLINA GUTIÉRREZ OCHOA

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera de Estudios Literarios

Bogotá, 2018

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Juan Felipe Robledo

DIRECTOR DE LA CARRERA DE LITERATURA

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Luis Carlos Henao de Brigard

Artículo 23 de la resolución No. 13 de Julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al Dogma y a la Moral Católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

*“Poems are made by fools like me,
but only God can make a tree”*

Joyce Kilmer

TABLA DE CONTENIDO

EXPLORANDO LA CIENCIA FICCIÓN	6
Sobre la ciencia ficción. ¿Marcianos y naves espaciales?	6
“No lugar” o “aquí enmascarado”	9
Ciencia ficción feminista, androginia y penumbra	12
¡Pero si esto ya lo dijeron!	16
EXPLORANDO LA CREACIÓN	
Jugar a las muñecas	23
Jugar a marchar	43
Jugar a las escondidas	58
BITÁCORA	73
BIBLIOGRAFÍA	77

EXPLORANDO LA CIENCIA FICCIÓN

Sobre la ciencia ficción. ¿Marcianos y naves espaciales?

Desde el principio, con solo anunciar el tema, encontré que los cuentos que me proponía escribir para mi trabajo de grado eran catalogados como ciencia ficción. En realidad, hasta ese día no había leído nada del género. Sin embargo, no me animaba mucho que me relacionaran con eso que para mí significaba viajes espaciales, robots y el tipo de películas que no me gustan.

En todo caso, me puse a investigar sobre la ciencia ficción. ¿Podía escribir algo que perteneciera a un género que no conocía en absoluto? La ciencia me tenía sin cuidado. ¿Podía entonces estar haciendo ciencia ficción? ¿Qué era ciencia ficción?

Pude ver mis reservas iniciales hacia este género explicadas por Fernando Ángel Moreno en su libro *Teoría de la Literatura de Ciencia Ficción*. Según él, la ciencia ficción ha sido minusvalorada por los críticos y el común de los lectores (Moreno 5). Para muchos autores, ser depositados en el estante de “ciencia ficción” de una librería puede significar una gran desventaja comercial (*id.* 4).

Por otro lado, encontré que yo no era la única que se había sorprendido al ver sus escritos clasificados en un género al que no se estaba aspirando. Un sentimiento muy similar al mío lo describe Kurt Vonnegut:

I wrote a novel about people and machines... and I learned from the reviewers that I was a science fiction writer... I didn't know that. I supposed that I was writing a novel about life, about things I could not avoid seeing and hearing in Schenectady, a very real town, awkwardly set in the gruesome now¹ (ctd en Thomas 1).

Él escribía sobre máquinas, puesto que las máquinas hacían parte de su día a día, de la vida. En “Jugar a las muñecas” hay robots, sí, pero mi propósito no era escribir sobre robots, sino sobre lo

¹ Escribí una novela sobre personas y máquinas... y me enteré por los reseñistas de que era un escritor de ciencia ficción... No sabía eso. Yo creía que estaba escribiendo una novela sobre la vida, sobre cosas que no podía evitar ver y escuchar en Schenectady, un pueblo muy real, embarazosamente situado en el repugnante ahora. Esta y siguientes, traducción mía.

que es o no humano. En los otros cuentos, la ciencia no hacía parte esencial de lo que quería contar. Más bien era un escenario o un modo de que sucediera lo que yo necesitaba. En realidad, la tecnología como tal ni siquiera era muy diferente de la actual.

Antes de determinar si mis cuentos pertenecen o no al género, habría que preguntar qué es la ciencia ficción. Las definiciones son muchas y muy variadas; algunas de ellas apuntan a una presencia de elementos científicos o a una visión científica del mundo. Sin embargo, no todas las definiciones ponen énfasis en lo científico, e incluso algunos autores se conforman con el “Science fiction is what we point to when we say it”² (Knight, cdt en Rieder).

Una de las perspectivas que apuntan hacia la dificultad de una definición de ciencia ficción es la de John Rieder en “On Defining Science Fintion, or Not: Genre Theory, Sf, and History”. Desde la perspectiva histórica que maneja el texto, la ciencia ficción habría de ser mirada como un género en constante cambio, que ha ido mutando a través del tiempo. Tendría una serie de rasgos, de los cuales una obra puede presentar uno o varios, pero no existiría un rasgo común a todas, ni siquiera el de la ciencia. Dice Moreno que: “La ciencia es un punto fundamental, como vemos, de la ciencia ficción. ¡Incluso está en el nombre! Sin embargo, no menos de la mitad de novelas y relatos de ciencia ficción no tratan sobre ciencia” (60).

Hay algunas definiciones que apuntan directamente a un elemento científico en el género, pero otras se refieren más bien a una especie de visión científica del mundo, a una visión empírica:

SF envisions, creates, an alternate world which comments on our own. Though it has often been defined as an exploration of the social consequences of technology and scientific research... it is not finally technology that is at the center of the genre. Rather, SF refers to the use in imaginative literature of the scientific method as an aesthetic concept. The SF writer, in creating a new or future world, isolates one or a few variables — biological, technological, psychological, social — and performs an experiment, builds an imaginative paradigm, peoples it, and works out the experiment within the confines of this artificially constructed laboratory of the text.³ (Annas).

² “Ciencia ficción es a lo que apuntamos cuando lo decimos”.

³ La ciencia ficción visualiza, crea, un mundo alternativo que comenta sobre el nuestro. Aunque a menudo ha sido definida como una exploración de las consecuencias sociales de la tecnología y la investigación científica... finalmente no es la tecnología lo que está en el centro del género. Más bien, la ciencia ficción se refiere al uso del método

A pesar de que se presente un mundo diferente al que conocemos (y este es uno de los elementos más recurrentes en las definiciones), esta diferencia no será de orden fantástico (véase Moreno 85), sino que será de un orden racionalmente explicable. Concuera con esto la siguiente definición: “Science fiction might be defined as fiction set in an imagined world that is different from our own in ways that are rationally explicable (often because scientific advances) and that tend to produce cognitive estrangement in the reader”⁴ (Booker & Thomas, ctd en Thomas 21)

También la definición de Darko Suvin incluye el elemento de extrañamiento. Así pues, la ciencia ficción sería un género... “Whose necessary and sufficient conditions are the presence and interaction of estrangement and cognition, and whose main formal device is an imaginative framework alternative to the author’s empirical environment”⁵ (Suvin ctd en Thomas 37, 38).

Por mi parte, la definición con la que más me identifico es la de Fernando Ángel Moreno: “ficción proyectiva basada en elementos no sobrenaturales” (106). Puede parecer una definición muy amplia, pero efectivamente se trata de un género amplio que se ha desarrollado de modos muy diversos. Además, Moreno hace una salvedad que resulta especialmente interesante para el caso de mis escritos: los elementos proyectivos pueden provenir de diferentes disciplinas, incluso de la lingüística, la sociología o la historia (106). Este planeamiento me parece el más rico, ya que en mis cuentos juego con elementos lingüísticos y sociológicos. Además, también lo he visto reflejado en importantes obras del género.

Aunque las definiciones varíen un poco, o en algunos casos bastante, son muchos los autores que mencionan en “what if” o “y qué si...” como un aspecto importante de los relatos de ciencia ficción. Como dice Passel: “The question posed usually come in the form ‘if this aspect of the world were different, what would our individual and collective life be like?’ The answer is reached through

científico como un concepto estético en literatura imaginativa. El escritor de ciencia ficción, al crear un mundo nuevo o futuro, aísla una o unas pocas variables -biológicas, tecnológicas, psicológicas, sociales- y hace un experimento; construye un paradigma imaginativo, lo puebla, y realiza el experimento entre los confines de este laboratorio construido artificialmente del texto.

⁴ “La ciencia ficción podría ser definida como ficción puesta en un mundo que es diferente al nuestro en modos que son racionalmente explicables (a menudo a causa de avances científicos) y que tiende a producir extrañamiento cognitivo en el lector”.

⁵ “Cuyas condiciones necesarias y suficientes son la presencia e interacción del extrañamiento y la cognición, y cuyo aparato formal principal es una infraestructura imaginativa diferente al ambiente empírico del autor”.

stories about worlds that are sometimes only subtly different from our own”⁶ (Passell 60). Y eso, mundos diferentes en algún aspecto importante, pero en realidad muy similares a nuestra sociedad y que la cuestionan, es lo que también me interesaba al escribir esta serie de cuentos.

“No lugar” o “aquí enmascarado”

Uno de los tipos de mundos diferentes que llevan al extrañamiento son la utopía y la distopía. El término utopía etimológicamente significa “no-lugar”. Surge con la Utopía de Tomás Moro, y se refiere a una sociedad mucho más perfecta que aquella del autor, una sociedad ideal pero inexistente. En la ciencia ficción la idea de utopía es desarrollada ampliamente. Darko Suvin la define de este modo: “A verbal construction of a particular quasi-human community where sociopolitical institutions, norms and individual relationships are organized according to a more perfect principle than in the author’s community”⁷ (ctd en Huntington).

La ciencia ficción utópica no es simple escapismo, como se podría llegar a pensar. Por el contrario, la utopía comenta y critica la sociedad que rodea a su autor: “modern utopia is not only a more perfect place, but a direct response to the negative aspects of our society, it is a critical device, seeking for alternatives”⁸ (Kühl 19). La utopía resalta los aspectos negativos de la sociedad externa al contrastarlos con su aparente perfección, también quiere sugerir un modo en que esa sociedad podría mejorar.

Sin embargo, al decir que una utopía propone una sociedad más perfecta no pueden quedar de lado las preguntas ¿más perfecta para quién?, ¿más perfecta según quién?

Un relato utópico puede reconocerse por su declaración de perfección. El texto usará algún método para decir al lector “esto es muy bueno”. Pero al pensar más detenidamente en algunos aspectos de

⁶ “La pregunta propuesta usualmente viene en la forma de ‘si este aspecto del mundo fuera diferente, ¿cómo sería nuestra vida individual y colectiva?’. La respuesta es alcanzada por medio de historias sobre mundos que son, a veces, solo sutilmente diferentes al nuestro”.

⁷ “Una construcción verbal de una particular comunidad casi humana donde las instituciones sociopolíticas, las normas y las relaciones individuales están organizadas de acuerdo con un principio más perfecto que el de la comunidad del autor”.

⁸ “La utopía moderna no es solo un lugar más perfecto, sino una respuesta directa a los aspectos negativos de nuestra sociedad. Es una estrategia crítica, que busca alternativas”.

esa sociedad perfecta, puede que no lo parezca tanto. Una sociedad con similares características podría ser tenida por infernal si se le da un juicio en ese sentido desde el interior del texto.

Segun John Huntington “The utopian image must depend on what in cinematic terms we would call soft-focus: a blurred vision which never looks closely enough at the image to discover flaws”⁹. La sociedad quiere ser presentada como positiva, así que se nos mostrará todo bajo una luz que refuerce esa idea, y no se señalarán los detalles que puedan contradecirla.

Por ejemplo, las utopías pueden llegar a ser vistas como sociedades totalitarias “the apparent humanitarianism of the utopian prefigures the rigidly moral -and murderous- universe of modern totalitarianism”¹⁰ (Paik 5), donde la individualidad y la libertad deben perderse para permanecer en el estado de aparente bienestar: “Subjugation of the individual to a central authority that had both the power and the wisdom to administer effectively in a perfect world remained as a central theme in utopian literature”¹¹ (Matter).

La contraparte de la utopía es la distopía. Una sociedad donde lo que se pone de relieve es lo negativo. John Huntington propone la siguiente definición, relacionada con la de utopia: “Dystopia (the bad place) is for our purposes utopia in which the positive (“more perfect principle”) has been replaced by a negative”¹² (Huntington). La distopía no es simplemente caos, es una sociedad tan organizada como su contraparte, pero donde el orden es más evidentemente represivo, además de estar presentado bajo una luz negativa.

Tanto en el caso de la utopía como en el de la distopía, la sociedad descrita por el texto es un llamado de atención a nuestra sociedad: “What most has to be looked at in properly utopian or dystopian fiction, is the continuity, the implied connection, which the form is intended to embody”¹³ (Williams 1978). La utopía quiere ser una esperanza, una sugerencia de lo que se debería cambiar ahora para acercarse al ideal. La distopía una advertencia de cómo el mundo puede

⁹ “La imagen utópica depende de lo que en términos cinematográficos llamaríamos enfoque suave: una visión borrosa que nunca mira a la imagen lo suficientemente cerca para descubrir fallas”.

¹⁰ “El aparente humanitarismo de la utopía prefigura el mortalmente rígido -y asesino- universo de los totalitarismos modernos”.

¹¹ “La subyugación del individuo a la autoridad centralizada, que tiene tanto el poder como la sabiduría para administrar efectivamente un mundo perfecto, se mantuvo como un tema central en la literatura utópica”.

¹² “Distopia (el lugar malo) es, para nuestros propósitos, una utopía en donde positivo (el principio más perfecto) ha sido remplazado por negativo”.

¹³ “Lo que más tiene que ser mirado en ficción utópica o distópica propiamente dicha es la continuidad, la conexión implícita que la forma está destinada a personificar”.

llegar a deformarse, o una denuncia de cómo nuestra sociedad es ya en algunos aspectos ese infierno que se describe. Por eso, “any substantial writing of this kind will commonly be rooted in an actual and developed world rather than in the given, unconnected future”¹⁴ (Williams 1988).

Usualmente, la sociedad distópica esgrime unos principios y valores aparentemente positivos. Por eso, la distopía: “Makes us ponder how an originally utopian promise was abused, betrayed or, ironically fulfilled so as to create tragic consequences for humanity”¹⁵ (Gottlieb ctd en Babae et al 66). La razón, la unidad o la felicidad pueden ser los objetivos de una sociedad distópica, sin embargo, se ha llegado a ellos de una manera deshumanizante: “The social model of antiutopia [usado en este caso como sinónimo de distopía] is a materially perfect (or at least perfectly stable) but inhuman State of reason”¹⁶ (Schäfer).

Muchas veces los mismos personajes que habitan la distopía están convencidos de la perfección y bondad de su sociedad. Ejemplo de esto es *Nosotros* de Yevgueni Zamiatin. Según la mirada del personaje principal, se podría decir que está viviendo en una utopía, sin embargo, sentimientos antes desconocidos empiezan a chocar contra ese supuesto orden perfecto. Además, por ejemplo, aunque él considere ideal la falta de libertad de su sociedad, el lector difícilmente pensará igual. Así que la utopía se revela como distopía.

La utopía es con cierta frecuencia presentada desde la mirada de un agente externo a ella, quien viene desde un mundo menos perfecto. El contraste se hace más evidente por medio de este personaje. Sin embargo, la distopía no suele servirse del personaje externo, usualmente el narrador es un habitante de ella, que empieza a entrar en conflicto con ese orden establecido y aparentemente adecuado: “the traditional utopian’s main conflict lay outside the book, i.e. between the imagined and the real world. Now the novel itself is the arena, for the conflict is between the imagined world and the protagonist”¹⁷ (Schäfer). Es en el ser humano donde podemos darnos cuenta de que los

¹⁴ “Cualquier escritura sustancial de este tipo va a estar comúnmente enraizada en un mundo actual y desarrollado, más que en un determinado futuro inconexo”.

¹⁵ “Nos hace reflexionar cómo una promesa originalmente utópica fue abusada, traicionada, o cumplida irónicamente para crear consecuencias trágicas para la humanidad”

¹⁶ “El modelo social de la antiutopía es un estado materialmente perfecto (o al menos perfectamente estable) de razón”.

¹⁷ “El conflicto principal tradicional de una utopía recae fuera del libro, por ejemplo, entre el mundo imaginado y el mundo real. Ahora la novela misma es la arena, puesto que el conflicto es entre el mundo imaginado y el protagonista”

principios positivos que esgrime una distopía están acabando con la persona, el ente totalitario está pidiendo que renuncie a su humanidad a cambio de ellos.

Los “y qué si...” de las distopías me parecieron el aspecto más interesante de la ciencia ficción. Lo común es que estén ubicadas en un tiempo futuro y presenten algunos avances tecnológicos, pero lo que ha hecho de ese mundo un infierno organizado no suele ser un invento, sino las personas mismas y un ideal que persiguen. Además, esas sociedades tan totalmente diferentes a la nuestra tenían un carácter muy parecido a las de “Jugar a las escondidas” y “Jugar a marchar”. Posteriormente hablaré con más detalle de algunas obras distópicas.

Ciencia ficción feminista, androginia y penumbra

En mis pesquisas sobre ciencia ficción encontré que existía un subgénero que podía tratar temas relacionados con lo que “Jugar a marchar” exploraba: la ciencia ficción feminista. Según la definición de Jenny Wolmark, esta “has drawn on feminist analysis of the construction of gendered subjectivity in order to suggest possibilities for more plural and heterogeneous social relations, and to offer a powerful critique of the way in which existing social relations and power structures continue to marginalize women”¹⁸ (ctd. en Bonner). O, según Anna Gilarek, “feminist speculative fiction discusses the same issues that concern feminist theorists, yet it present and dramatizes them in the form of thought experiments”¹⁹. Y, en muchos casos, lo hace narrando sobre sociedades distópicas en donde pueda verse reflejada esa opresión, ya sea que uno de los dos sexos oprima al otro o que ambos estén en guerra constante. A veces propone una salida al conflicto entre los sexos presentando sociedades compuestas por un solo sexo, llamadas utopías de sexo único; o sociedades andróginas, donde no hay ningún sexo.

Por su misma condición de género literario en el que se busca cuestionar lo establecido y proponer diferentes tipos de sociedad (género literario del “y qué si...”), la ciencia ficción sería especialmente propicia para presentar las ideas feministas y las cuestiones de género. Según Brian

¹⁸ “Ha bebido del análisis feminista sobre la construcción de la subjetividad de género, para sugerir posibles relaciones sociales más plurales y heterogéneas, y para ofrecer una crítica poderosa al modo en que las relaciones sociales existentes y las estructuras de poder continúan marginalizando a la mujer”.

¹⁹ “La ficción especulativa feminista discute los mismos asuntos que le preocupan a las teóricas feministas, sin embargo, los presenta y dramatiza en la forma de experimentos de pensamiento”.

Attebery, "The genre's storytelling conventions encourage writers to ask questions about the biological basis of sexual division and allow them to explore alternative formulations of society and the individual psyche"²⁰ (12).

El cuestionamiento sobre el género y las relaciones entre hombre y mujer me parece muy interesante. Sin embargo, las respuestas literarias que proponen las utopías de sexo único o las sociedades andróginas me produjeron algunos reparos. Todo eso me llevó a reevaluar lo que quería hacer con "Jugar a marchar".

Uno de los recursos usuales es mostrar a la sociedad feminista como un mundo utópico. Algunos de los rasgos más comunes suelen ser la abolición de la violencia, la discriminación y la competencia. "If the sexes were only separated. It is easy to imagine that the mistreatment would vanish from the women's world and be redirected inwards in the men's. And men do often construct for themselves systems based on aggression and abasement"²¹ (Attebery 146). Ya que las mujeres se han visto oprimidas por los hombres, se ve la dominancia como una característica masculina. Se les atribuye a los hombres los rasgos negativos, de los cuales quedan libres las mujeres. Anna Gilarek dice: "Maleness is identified as the source of social ills which invariably situate the woman in the position of the victimized 'other'"²² (235). Por eso se llega a decir que una sociedad dominada por mujeres estaría naturalmente libre de todas esas características negativas.

Según el análisis de algunos críticos, como Robin Roberts, "The feminist eutopia... looks toward idyllic futures brought about by the adoption of feminine values"²³ (ctd en Attebery 147). Por lo tanto, en muchos casos, la utopía feminista lograría su estado ideal al reemplazar unos supuestos valores masculinos negativos (competencia, individualismo, agresividad), por unos valores femeninos (cooperación, empatía). Sin embargo, en mi opinión, esto contradice al principio mismo de la utopía feminista y de la cuestión de género.

²⁰ "Las convenciones narrativas del género animan a los escritores a hacer preguntas sobre la base biológica de la división sexual y les permite explorar formulaciones alternativas de sociedad y de psiquis individual".

²¹ "Si los sexos estuvieran simplemente separados es fácil imaginar que el maltrato se desvanecería del mundo de las mujeres y se redirigiría al de los hombres. Y, de hecho, los hombres a menudo construyen para ellos sistemas basados en la agresión y la humillación".

²² "La masculinidad es identificada como la fuente de las enfermedades sociales, lo que invariablemente sitúa a la mujer en la posición del 'otro' victimizado".

²³ "La utopía feminista... mira hacia futuros idílicos traídos por la adopción de valores femeninos".

Las utopías feministas buscan mostrar que la diferencia entre hombres y mujeres es solo cultural, y que en una sociedad femenina las mujeres podrían desarrollarse para cubrir todo el espectro de posibilidades antes reservadas a los hombres. Pero decir que de hecho hay unas características propias de las mujeres, es contradictorio respecto a decir que en una sociedad de solo mujeres ellas puedan hacer todo igual que los hombres. Gilarek ve esto como una perpetuación de la alienación de la mujer: “such novels set out to combat sexual binarism and yet they are constructed upon this very antagonism -instead of rejection of the status of ‘the other’, they construct their whole utopian structure in opposition to maleness and patriarchal norms”²⁴ (235).

La contradicción que quiero analizar podría verse en *El hombre Hembra*, uno de los textos más reconocidos de ciencia ficción feminista. Presenta cuatro diferentes mundos, dos de ellos son relativamente similares a la sociedad de la autora; pero el tercero es una utopía feminista, una sociedad ideal donde todos los hombres han muerto y sólo existen mujeres. El último es su contraparte distópica, un mundo donde hombres y mujeres viven en ciudades diferentes y en guerra permanente. Estos últimos son ejemplos de dos de los tópicos más usuales del subgénero, y me permiten profundizar en mi análisis.

La distopía deja a la sociedad constituida por hombres en una muy mala posición en comparación con la sociedad constituida por mujeres. El rasgo más abrumador de esta sociedad es que, para reponer su falta de mujeres, obligan a una parte de su población a someterse a un proceso descrito en términos de castración y mutilación, que los convierte en una caricatura de mujeres destinados a la prostitución. La sociedad compuesta por mujeres aparece como muy superior en el modo de solucionar este problema, pues ellas han construido androides masculinos para satisfacer sus deseos sexuales. Lo que esta comparación lleva a concluir es una evidente inferioridad masculina. Los hombres aparecen como seres perversos: quieren dominar, quieren ser adulados, son egoístas, son prepotentes. Además, mientras que ellos no han logrado superar el deseo de poseer a una mujer real, ellas no tienen más interés por ellos.

La sociedad utópica de *El hombre hembra* permite a sus individuos femeninos toda la gama de actitudes reservadas a los hombres tradicionalmente. Las mujeres pueden ser rudas, físicamente

²⁴ “Esas novelas se proponen combatir el binarismo sexual y, sin embargo, están construidas sobre ese mismo antagonismo. En vez de rechazar el estatus de ‘el otro’, construyen toda su estructura utópica en oposición a lo masculino y a las normas patriarcales”.

fuertes, no vanidosas ni delicadas. Sin embargo, si en la distopía se ha presentado a los hombres como seres inferiores, ¿qué propósito tiene que las mujeres puedan cumplir los roles masculinos? ¿Acaso el mundo ideal no debería evitar todo lo relacionado con lo masculino?

Por un lado, estas dos sociedades plantean que el hombre y la mujer sí son diferentes. Además, como ya se dijo, si lo masculino es negativo, no tiene sentido querer reivindicar para la mujer esos valores o actitudes tradicionalmente masculinos.

Con el andrógino, no se presenta una sociedad constituida solo por mujeres o solo por hombres, sino una sociedad en donde la diferencia sexual no existe. Una de las novelas emblemáticas con este planteamiento es *The Left Hand of Darkness*, de Ursula K. Le Guin. El título del libro está inspirado en esta frase “Light is the left hand of darkness/ And darkness the right hand of light”²⁵ (ctd en Annas). Según Pamela J. Annas, esta frase expresa la unión de los elementos dispares, y eso significaría el andrógino.

Lo que yo veo en el andrógino es algo diferente. Para que la luz pueda tener a la oscuridad en su mano derecha, o la oscuridad a la luz en su mano izquierda, tiene que haber tanto luz como oscuridad: hombre y mujer, diferencia. Con el concepto del andrógino no hay diferencia en absoluto: no hay ni luz, ni oscuridad. Lo único que existiría es una penumbra que no tiene posibilidad de dialogo, porque no hay otro con quien dialogar. No puede tener nada en su mano porque no hay nada diferente a sí misma.

En mi opinión, es una falacia pretender que al eliminar la diferencia de sexos se elimine automáticamente la violencia, la discriminación y otros problemas de la humanidad. No se trata de eliminar la diferencia, sino de darle un sentido plenificante.

Dicho esto, creo que el andrógino puede tener éxito en desfamiliarizar lo que tradicionalmente se considera como características restrictivas de un sexo, ya que podría unir lo masculino y lo femenino en sí. Puede hacer al lector repensar esas características y preguntarse por qué lo uno debe estar opuesto a lo otro. Sin embargo, como las distopías de sexo único, el andrógino también puede mostrar una perspectiva opuesta al feminismo, según dice Attebery (172). En algunos casos,

²⁵ “La luz es la mano izquierda de la oscuridad/ y la oscuridad la mano derecha de la luz”.

el andrógino es presentado como un ser desagradable, carente. En otros casos, como un ser eminentemente masculino con unos pocos detalles femeninos (lo femenino queda relegado).

Las utopías de sexo único o las sociedades andróginas plantearán cosas positivas o negativas, feministas o machistas, dependiendo de qué busque decir quien las escribe. Annas pone como ejemplo de esto la perspectiva de dos autores que escriben sobre sociedades femeninas.

What both writers are interested in is the social structure of a society of women. Wyndham makes his society of women so rigid, so unfree, so controlled, that his 20th-century heroine recoils in horror. Russ' basic assumption, in contrast, is that a society of women would be freer, more individualistic, less rigid, than any society based on patriarchal assumptions.²⁶

Y es que la ciencia ficción, aun cuando sea un género que busca cuestionar, analizar y plantear ideas nuevas con un espíritu “científico”, no deja de ser un género literario. El autor tiene su propio programa (aunque muchas veces la narración se le salga de las manos y diga otras cosas). Sin embargo, igualmente puede inspirar reflexiones profundas y desafiantes en los lectores, o sugerir un diferente modelo cultural.

¡Pero si esto ya lo dijeron!

Mi gran descubrimiento sobre la ciencia ficción ocurrió cuando leí novelas del género. Al principio había decidido leer aquellas que pudieran abordar temas similares a los de mis cuentos; pero luego opté por leer algunas de las más reconocidas, aunque no parecieran tener ninguna relación con mis relatos. Me encontré con textos que, además de un gran valor literario, tenían intereses similares a los míos y estrategias comunicativas que yo había empleado. Esto es, en definitiva, lo que me ha llevado a pensar que lo que escribí es afín a la ciencia ficción.

“¡Pero si esto ya lo dijeron!”, esa fue mi impresión al empezar a leer ciencia ficción teniendo mis cuentos ya escritos. De hecho, esta sensación fue menor con “Jugar a las muñecas” -el cuento que

²⁶ En lo que ambos escritores están interesados es en la estructura social de una sociedad de mujeres. Wyndham hace de esta sociedad algo tan rígido, tan poco libre, tan controlado, que su heroína del siglo XX retrocede horrorizada. El supuesto básico de Russ, en contraste, es que una sociedad de mujeres sería más libre, más individualista, menos rígida, que cualquier sociedad basada en supuestos patriarcales.

más fácilmente sería catalogado como ciencia ficción- que con los otros dos. El cuestionamiento sobre la sexualidad en “Jugar a las escondidas”, ya estaba en *Un mundo feliz*. El concepto de realidad como lo percibido, como algo maleable, que muestra *1984*, era una de mis preguntas en “Jugar a marchar”. Las cuestiones sobre individualidad y colectividad que se plantean en “Jugar a las escondidas” eran las preguntas -aunque desde una perspectiva diferente- de *Himno* y de *Nosotros*; es más, remplazar los nombres por siglas -lo que yo consideraba mi original idea- era algo que ya ambos habían hecho. La crianza de bebés como un espacio ya no familiar, sino del gobierno, que aparece en *Himno*, también la había ideado yo para “Jugar a marchar” y “Jugar a las escondidas”. La modificación del lenguaje como síntoma o medio de modificar el pensamiento, en “Jugar a las escondidas” y en “Jugar a marchar”, tenía paralelismos en *1984* y en *Himno*. La idea del cambio totalizador y restrictivo no como imposición de un gobierno, sino de la cultura que se puede ver en *Fahrenheit 451*, era también lo que yo buscaba mostrar con “Jugar a marchar” y “Jugar a las escondidas”. La sociedad andrógina de “Jugar a marchar” estaba en varios textos de ciencia ficción feminista. Todo lo que yo creía ideas nuevas e inexploradas, ya había sido tratado en la ciencia ficción.

Así pues, existía un género que se planteaba, en muchos casos, las mismas cuestiones que yo me planteaba, y que usaba un recurso similar al mío para desarrollar esas cuestiones: crear una sociedad diferente a la nuestra, que en realidad está comentando sobre ella. Probablemente esta sea una de las características principales del género: “Lo que importa en la ciencia ficción es el mundo posible construido a partir de un elemento que le resulte especialmente extraño al lector, para provocar en él esa desautomatización respecto a su pequeña y limitada visión de los acontecimientos” (Moreno, 110). Sin atreverme a decir que la visión del lector sea pequeña o limitada, creo que lo usual es que nos acostumbremos al mundo que nos rodea, a dar por sentadas ciertas cosas, a normalizarlas. Por eso, el concepto de la desautomatización me resulta tan querido. Si pudiera generar con mis cuentos ese mirar con ojos nuevos algún aspecto del propio mundo, ya sentiría que han logrado mucho.

Presentar un mundo diferente también permite preguntarse si nuestra manera de vivir es la única posible, independientemente de que el mundo narrado tenga una connotación positiva o negativa: “SF and speculative fiction are genres that ‘move readers to imagine alternative ways of being

alive”²⁷ (Thomas 4). Estos modos alternativos de vida pueden darse por medio de un avance científico que cambia radicalmente nuestra manera de vivir hasta ahora (¿y qué pasaría si la tecnología llegara hasta tal punto que aparentemente se pueden construir seres humanos?). Sin embargo, no siempre la diferencia viene por un avance científico. Incluso cuando lo hay, en muchos casos, este es solo una excusa o medio para presentar un cambio en la sociedad. Por ejemplo, en *Fahrenheit 451* se narra sobre una sociedad donde la tecnología ha logrado hacer que todo sea a prueba de fuego. Pero el punto no es esa tecnología, ni siquiera es ella lo que produce la quema de los libros: es una ambientación, un paisaje en el que ubicar una historia sobre el cambio cultural que lleva a la destrucción de la cultura como hasta ahora la conocemos, representada en los libros. Por eso, me parece interesante el planteamiento de que no toda la ciencia ficción trata sobre ciencia, pero sí se puede afirmar que, “La literatura de ciencia ficción, en todas sus formas y a todos sus niveles, pone en duda aspectos de la cultura tradicional” (Moreno 87).

En “Jugar a las muñecas” me interesó la posibilidad de construir a un ser humano por medio de la tecnología, lo que, en últimas, significa preguntarse por la condición del ser humano. Eso requiere ubicar la narración en un futuro de avance tecnológico. Pero en el caso de “Jugar a marchar” y “Jugar a las escondidas” los cambios en la sociedad no se debían tanto a causas tecnológicas como culturales. Así que, aunque el mundo presentado en cada caso es diferente en muchos aspectos al nuestro, el tema tecnológico se mantiene en gran medida similar. Lo contrario solo sería una distracción.

Otra idea que me parece importante resaltar es: “Ningún escritor de ciencia ficción pretende que contemplemos el futuro planteado como un futuro real y, en definitiva, ni siquiera como posible” (Moreno 107). Encuentro esta afirmación totalmente válida para el caso de mis cuentos. En ninguno de ellos mi propósito ha sido decir que llegaremos a la sociedad que he descrito, sino describir una sociedad que pueda hacernos pensar sobre algunas cosas que se viven hoy en día. De nuevo concuerdo con José Ángel Moreno cuando dice: “Los escritores de ciencia ficción no hablan por lo general del futuro... hablan del ser humano y hablan de las inquietudes del presente” (21).

Y la inquietud que ocupa los tres cuentos por igual es la del amor. En realidad, la negación o imposibilidad del amor. En la ciencia ficción se explora esto de diversos modos, ya sea en una

²⁷ “La ciencia ficción y la ficción especulativa son géneros que ‘mueven a los lectores a imaginar modos alternativos de estar vivo’”.

relación filial o de pareja. En casos como *1984* e *Himno* el amor de pareja ha sido destruido por el gobierno totalitario, que lo considera una amenaza potencial. Así, la sexualidad ha quedado relegada a un deber para prolongar la población. También la relación de los padres con sus hijos se destruye: en *1984*, los hijos son espías de sus padres; en *Himno*, son criados por el gobierno, sus padres no los conocen. *Un mundo feliz* es el que tiene el planteamiento más radical al respecto. La sexualidad se ha desvinculado por completo de la paternidad, el ser humano se produce en tubos de ensayo y en serie. Las mismas palabras de “madre” y “padre” resultan obscenas. Tampoco hay relaciones de pareja, la exclusividad y la permanencia son atacadas. No se llega a formar un lazo fuerte con nadie.

Benjamin Kunkel tiene algunos planteamientos interesantes sobre el amor en relación con el tema de los clones. No hay propiamente clones en estos casos, pero sus ideas no dejan de ser reveladoras: “The possibility of love requires the existence of at least two irreplaceable individuals, a condition that can’t be quite met in any of the clone novels”²⁸ (Kunkel). Efectivamente, si el ser humano es producido en serie, como en *Un mundo feliz*; o si es una partícula sin importancia entre el conjunto de la sociedad, como en *Himno*; o si es un trabajador subyugado, como en *1984*, entonces no es irremplazable, es uno más entre tantos. Al ser uno entre tantos, no hay manera de amarlo por sí mismo, como ser único.

Los planteamientos del amor como un aspecto potencialmente subversivo que el gobierno totalitario debe reprimir, son también analizados por Eddy Marcus de una manera muy lúcida:

Sex is viewed only as a recreation on a par with chess. This diminution of the value of sex and the organized prevention of long-term sexual relationships suggests that the state agrees with Freud's model of the family as a "natural human unit that potentially threatens the larger social structure." (Booker) This is reinforced by Aldiss's adopting of the, fairly common, science fiction convention that in the future children are no longer born and brought up by parents, but are grown in artificial wombs and raised in nurseries. This denies children their chance to experience a relationship of unconditional love where, as

²⁸ “La posibilidad del amor requiere de la existencia de, al menos, dos individuos irremplazables; una condición que no logra ser cumplida del todo en ninguna de las novelas sobre clones”

the narrator of *We* says, a mother does not regard the child as a useful member of society but as "a simple human being -a piece of herself."²⁹

La familia es un grupo en el que cada miembro es conocido y reconocido en su individualidad. Por eso, la estructura familiar siempre se opondrá a los intentos de convertir a cada individuo en un producto más de la serie, un objeto de consumo. Pero también es el lugar donde más claramente puede una persona ver las falencias de otros, donde más conflictos pueden surgir. Es en el espacio de la convivencia diaria donde aflora todo lo que una persona es, se rompen muchas inhibiciones y se enfrentan muchos problemas. El saberse amado por los padres a pesar de sus defectos y dificultades, y amarlos también a ellos, es lo que permite que una persona pueda llegar a amar a otros de esa misma manera incondicional.

Sin embargo, como también plantea Kunkel: "In the neoliberal dystopia a totally commodified world transform would-be lovers into commodities themselves and in this way destroys the possibility of love"³⁰ (Kunkel). Ya que el amor proviene de la gratuidad, desaparece al convertirse en algo utilitario o mercantil. Eso es una de las cosas que se plantea en "Jugar a las muñecas", donde, no solo se puede comprar un ser para amar, sino que se lo puede modificar para que se ajuste a los deseos de su propietario.

A pesar de todo, en las novelas sobre las que he venido hablando el amor intenta surgir. Parece ser una fuerza que se resiste a la domesticación, aunque en algunos casos pierda la batalla al final.

Otro tema que vi especialmente reflejado en estas novelas y que resulta importante en los cuentos que escribí es el del lenguaje. Es *1984* el que realiza un planteamiento más extremo en este aspecto. El lenguaje está siendo poco a poco modificado para llegar a permitir solo expresiones acordes con el régimen. En su texto sobre el tema, Eddy Marcus dice que: "The main purpose of controlling

²⁹ El sexo es visto solo como una recreación a la par del ajedrez. Esta disminución del valor del sexo y la prevención organizada de relaciones sexuales a largo plazo sugiere que el estado coincide con el modelo freudiano de la familia como 'unidad humana natural que amenaza potencialmente una estructura social mayor' (Booker). Esto es reforzado por la adopción que hace Aldyss de la convención, bastante común en ciencia ficción, de que los niños futuros ya no nacen y son criados por padres, sino que crecen en vientres artificiales y son criados en guarderías. Esto le niega al niño la posibilidad de experimentar una relación de amor incondicional donde, como dice el narrador de *Nosotros*, una madre no considera a su hijo como un miembro útil de la sociedad, sino como 'un simple ser humano, una parte de sí misma'.

³⁰ "En la distopía neoliberal un mundo totalmente mercantilizado transforma a los mismos amantes potenciales en mercancía y, de este modo, destruye la posibilidad de amor".

language is to control the perception of reality”³¹. Esto es lo que se busca en *1984*. Llegará un momento en que sea del todo imposible pensar de manera negativa sobre el sistema.

Sin embargo, “although language is often presented as a powerful agent of control, the limitations of such control are also represented. Dystopian writers demonstrate that there are things to know and experience outside of language”³² (Marcus). En *Himno*, por ejemplo, no existe la palabra “yo”, la palabra para designar a un individuo, sino solo el “nosotros”. No obstante, los personajes son capaces de sentir la carencia. Aunque no tengan cómo decir “yo”, la experiencia los va conduciendo a entender lo que significa.

Continúa Marcus diciendo que “non-linguistic thoughts are a potential site for subversion”³³ (Marcus). Los pensamientos no lingüísticos por excelencia probablemente son los sentimientos. Por ejemplo, no tener medios lingüísticos para expresar el dolor, no podría impedir que se lo sintiera. Y uno de esos sentimientos subversivos, sea o no expresable en una sociedad, es el amor.

Un asunto que combina la cuestión del lenguaje con la cuestión del amor es el del nombre. En algunas de las narraciones en que se niega el amor, los personajes no tienen nombre, sino una sigla o número de serie. Ejemplos de esto son *Himno* y *Nosotros*. El amor, como ya dijimos, requiere de un ser único, irremplazable, irrepetible. El nombre, por oposición a la sigla, designa a un ser individual, a una persona.

Cuando se enamora de una campesina que ve durante su trabajo, el protagonista de *Himno* le da un nombre en su mente, ella hace lo mismo con él. Más adelante, cuando se escapan al bosque juntos, deciden un nombre para cada uno: dejan la sigla. Después descubren la palabra “yo”.

En cada uno de mis cuentos juego con el tema de los nombres. En “Jugar a las muñecas” se menciona el nombre de algunos personajes, pero no el del hijo. El hijo es el objeto de amor de su madre, así que debería tenerlo; pero, en realidad, él es una mercancía, un producto que ella puede manipular a su antojo, que solo está ahí para satisfacer su egoísmo. Para ella, él no es persona, sino solo su hijo. Es un producto de la vanidad, y no del amor.

³¹ “El principal propósito de controlar el lenguaje es controlar la percepción de la realidad”.

³² “Aunque a menudo el lenguaje es presentado como un poderoso agente de control, las limitaciones de ese control también están representadas. Los escritores distópicos muestran que hay cosas por conocer y experimentar afuera del lenguaje”.

³³ “Los pensamientos no lingüísticos son un lugar potencial de subversión”.

En “Jugar a las escondidas”, los nombres se han convertido en siglas, puesto que las personas han dejado de serlo, han pasado a ser un cuerpo con un número de serie. Pero los amantes se dan nombre mutuamente, puesto que cada uno descubre al otro como persona. Del mismo modo, cada uno empieza a ser para sí mismo persona en la medida en que está con el otro, en que se ve y se reafirma a través del otro como un ser que va más allá de un cuerpo con unas necesidades básicas. Por eso, la narración llama a Pio por ese nombre solo cuando está en relación con Azi, pues en relación con otros es solo “ella”.

Los nombres se han perdido del todo en “Jugar a marchar”, puesto que la persona ha perdido toda individualidad. La búsqueda de la igualdad ha rechazado las diferencias que hacen única a cada persona. Ya que cada uno es como todos, el amor, tanto de pareja como el filial, se ve en dificultad. Sin embargo, como en “Jugar a las escondidas”, ese sentimiento desconocido o negado luchará por aparecer.

Al final, estas historias tratan de amor: la más humana de las cuestiones. De sociedades enteras donde el amor se ve amenazado.

En cualquier caso, desde mi punto de vista, lo crucial no es si los cuentos que he escrito son clasificados o no como ciencia ficción. El debate sobre qué es ciencia ficción, e incluso el debate sobre qué es un género literario, seguirá su curso. Por mi parte, encontré en la ciencia ficción cosas que se relacionan con mis cuentos y que me ayudaron a replantear lo que había escrito, a llegar más profundo, a comparar mis respuestas con la que ya otros habían dado, a comprenderlo mejor. Mis inquietudes ya habían sido compartidas en alguna medida por otros que usualmente son clasificados en este género; por eso acercarme a él ha resultado provechoso para mi escritura.

Jugar a las muñecas

Tú

—¡Van a tener un nieto! —quien era su hijo estaba sentado frente a ella con su asociada. Tomados de la mano, ambos sonreían.

—Un nieto —musitó ella—, un nieto...

Su perfecto hijo y su perfecta asociada sonreían aún.

“El sofá va mejor aquí. Sí, me gusta más.” La niña cambió de sitio el mueble en su casa de muñecas. Una casa de tres pisos que le llegaba hasta la cintura cuando ella estaba de pie. Se abría por la fachada y el techo para que pudiera meter la mano y acomodar y reacomodar todo. Al terminar le gustaba cerrarla, mirarla desde afuera: una casita preciosa, mucho más grande y acogedora que la casa donde ella vivía. Se asomaba por la ventana y veía el interior impecable, todos los muebles y habitaciones ideales. “Perfecto”, sonreía la niña.

“Susana”, la firma fue digitada en la pantalla junto a la que había sido introducida un momento antes.

—Completado —dijo el notario—, ahora son oficialmente una asociación parental.

La familia y los amigos estallaron en aplausos. El notario recogió su equipo y se marchó bajo una lluvia de serpentinas. Por un proceso que tomaba 10 minutos, una fiesta hasta la madrugada. La pareja asociada pasaba de abrazo en abrazo y las copas de mano en mano.

—¡Cómo me alegro! —dijo Olga, la madre de Susana, cuando por fin se sentaron a la mesa—
¡Vamos a tener más bebés en la familia!

—Muy fácil para ti decirlo, mamá —intervino el hermano—. ¡Vamos a ver qué opina Susana cuando los tenga!

—Hablas como si yo misma no hubiera tenido dos. Y en mi época embarazarse sería más fácil, pero criarlos mucho peor.

—Por cierto, Alfredo —se escuchó una voz cascada— no me dirás que dejaste al bebé solo en casa.

Alfredo suspiró. Su madre asociada, sentada junto a él, resopló y miró para otro lado. A pesar de la tecnología antiedad, la abuela Marta temblaba con cada movimiento, y su piel sobrante, plegada en arrugas, temblaba con ella. Tanto como era vieja por fuera, era vieja por dentro.

—No está solo, abuelita, está con M.H.

—¡Con eso!

—Es perfectamente seguro abuela.

—Tal vez pueda evitar que se rompa la mollera, pero un bebé necesita calor humano.

—No será un modelo niñera, pero el cuidado humano hace parte de su programación, está certificado...

¡Cómo si la abuela diera un camino por la programación! Susana se volvió hacia ella con su mejor sonrisa y dijo:

—A ver abuelita, dejemos esto para después, que estamos celebrando.

A veces envidiaba a Franco, con una familia tan tranquila y tan reducida.

Susana llegó exhausta a casa; apenas si se quitó el vestido de fiesta antes de tirarse en la cama. Franco y su aliento a licor roncaban ya. En cambio, ella sentía demasiada emoción como para dormir. ¿Su madre quería nietos? ¡Pronto los iba a tener! La cita estaba programada para el día siguiente. Franco y ella habían pospuesto bastante su asociación para que, llegado el momento, tuvieran suficientes ahorros y así les aprobaran un préstamo en el banco. Ahora no habría ninguna restricción a sus deseos.

Por otra parte, en tantos años de relación ya había quedado claro que no podían tener hijos de modo natural. Claro, habrían podido invertir ese dinero en un tratamiento de fertilidad, pero ¿quién iba a hacer eso hoy en día? ¿Por qué, si se podía tener un hijo perfecto?

No le había dicho a su madre que ese era el tipo de nieto que tendría. Pero tampoco podría Olga pretender que tanto Alfredo como ella fueran fértiles, habría sido demasiada suerte. Estaba segura de que el hijo de su hermano era natural, pues había llegado antes de que Alfredo y su madre

asociada estuvieran asociados formalmente. Se habían descuidado ya que la posibilidad de esterilidad era tan alta (además de que los anticonceptivos no hacían sino aumentarla).

Él siempre tenía en la boca una queja sobre su bebé. Pues bien, Susana se evitaría todas esas molestias. Podría elegirlo con tendencia natural, pero ¿para qué? Los modelos perfectos habían empezado a aparecer cuando ella era una niña. Se generó toda una polémica, muchos siguieron optando por los de tendencia natural. ¡Tonterías! ¡Si se puede tener la perfección! Como era obvio, la popularidad de los M.F.N (modelo familiar natural) había bajado drásticamente con los años. Si todavía algunos padres los preferían, no era por lo que alegaban (“natural es mejor” y otras bobadas), sino porque costaban menos.

El sueño de toda su vida había sido ser madre, y no pensaba verse limitada por temas monetarios. Su hijo sería la misma perfección. ¡Cuando los amigos lo vieran...! También la abuela lo vería, pero ella no tenía por qué enterarse. ¡Qué modo de ser chapado a la antigua! Ya quería Susana ver el mundo de sus nietos: más y más gente perfecta cada vez. Sería un paraíso.

Lo poco que había dormido no le impidió al día siguiente estar radiante en la cita. Las instalaciones eran gigantes; el funcionario que los atendió, la personificación misma de la amabilidad. Bien podía ser un producto de la empresa.

Después de felicitarlos calurosamente por su decisión, el funcionario entró en materia.

—Primero lo primero: ¿están buscando una entrega pronta o le gustaría a la señora un embarazo?

La entrega acelerada era bastante más lujosa, pues hacía evidente para todos qué clase de bebé era el tuyo, pero Susana no dejaba de sentir cierta curiosidad por los viejos modos. Además, le ahorra bastantes problemas con su familia, así que eligió embarazo.

—En ese caso, no tienen que decidirlo todo de una vez, durante el embarazo podemos ir trabajando en ello. ¿Lo quieren perfecto o con tendencia natural?

—¡Tan perfecto como sean capaces de hacerlo!

El funcionario sonrió y asintió.

—Entonces, procederemos a un estudio de ADN, luego podrán empezar a tomar decisiones a partir de ahí. Lo único que resta es el pago inicial antes de dirigirse a la sección médica.

Desde el siguiente día Susana tuvo que tomar unas píldoras que no parecían producir el menor efecto. Aunque se moría de ganas por contarle a sus amigas y familia, no había nada que mostrar, nada que decir aún. Su vida seguía la rutina normal: en la mañana, trabajo; en las tardes, deporte, ocio, cuidados médicos. La única diferencia era que una tarde de cada mes iban a la empresa para continuar con el proceso de selección.

Al principio llegó a sentir que era una molestia tener como base el ADN de los dos. Por ejemplo, nada anhelaba más que un niño rubio y de ojos azules, pero ambos eran de cabello y ojos oscuros. El funcionario demostró enseguida el buen trabajo de su compañía al descubrir un antepasado de Franco que había tenido ojos azules. La posibilidad de que ese gen pasara a su hijo era nula en la naturaleza, pero no había barreras para la ciencia: el niño tendría ojos azules. El pelo rubio lo tomaron de un antepasado con rubio oscuro, modificaron un poco el gen y quedó el rubio casi blanco que Susana quería.

El único problema para la ciencia podía provenir de una contradicción irresoluble en lo deseado. No una contradicción entre Susana y Franco, pues él cedía fácilmente a lo que ella deseara; sino en ella misma. Como cuando le parecía que en el modelo digital las manos se veían muy grandes, pero los dedos demasiado cortos. En esos casos, el funcionario cambiaba la perspectiva para que ella viera su error.

En todo caso, el momento llegó en que la barriga empezó a crecer y pudo lucir ante sus amigas y compañeros de trabajo la ropa de maternidad, que la acentuaba aún más. Por supuesto, también aprovechó para pasear su barriga ante las narices de la abuela. Después empezaron las pataditas que pudo mostrar a Franco.

Cuando las diminutas personas de la casita dormían -el papá y la mamá en una cama, la hija en otra; sin arropar porque las cobijas estaban solo pintadas- a la niña le gustaba más que nunca mirar por la ventana de la fachada cerrada. Podía sentir que era real, que de verdad dormían. Pero, al poco rato, solo mirar se volvía aburrido, entonces la niña chillaba en una particular versión de cacareo, abría la fachada y sacaba a la madre de la cama, exclamando: “Es tarde, es tarde, tengo que despertar a mi hija, tiene que ir al colegio, tengo que peinarla”.

—Oh —musitó Susana, y se llevó una mano a la barriga.

El compañero con el que estaba hablando se levantó.

—Susana, ¿pasa algo?

—Bueno... diría que ha llegado el momento.

—M.O.C manda señal al aeromóvil de Susana para que salga a la puerta.

Un “Entendido” resonó en el aire.

Una amiga de Susana, la que le había recomendado la empresa, se acercó corriendo y susurró:

—¡Lo que es la ciencia! No duele nada ¿cierto?

Enseguida llegaron otros que no sabían qué clase de embarazo era el de ella. Mientras sonreía a las palabras de aliento, Susana se preguntaba si no debía torcer un poco la expresión. La sensación era extraña, como si su barriga temblara por dentro, pero nada que se pudiera llamar dolor. Finalmente, la acompañaron a la puerta donde ya su aeromóvil estaba esperando.

El aeromóvil pasó por Franco, que, al ver a Susana, exclamó:

—¡Cómo! No pareces feliz.

—¿A qué madre has visto tu ir riendo a parir?

—Si tu no vas a parir.

—¡Que no vaya a hacerlo según lo natural no quiere decir que no vaya a pasar nada aquí!

Franco se encogió de hombros y tomó la mano de Susana.

—Todo va a salir bien —dijo, venciendo su sensación de ridículo. Era obvio, pero debía ser lo que se suponía que dijera.

La puerta de la casa se abrió. Susana entró con pasos tan suaves como si no tocara el suelo, los ojos clavados en el bultito envuelto en cobijas que cargaba.

—Felicidades señora y señor.

Susana no se dio por enterada. El artefacto se acercó a Franco y dijo en bajo volumen:

—He encendido a M.N y le he dado una introducción a las costumbres del señor y la señora.

—Aprobado —dijo Franco.

El cilindro metálico en la parte superior del aparato se inclinó a modo de asentimiento, dos lucecillas en él percibían información visual, y dos rejillas ubicadas en los costados percibían señales sonoras y emitían sonido. El cilindro era sostenido por un cubo de cuyos costados se desprendían dos tubos con dos bisagras cada uno para permitir un amplio espectro de movilidad, terminados en una especie de pinza. El cubo central estaba sostenido por unas paletas que se deslizaban por el suelo. También podía estirarse de manera que dos largos tubos aparecieran entre las paletas y el cubo central.

Franco se apartó del aparato con un gruñido y se acercó a Susana, que seguía avanzando con la más lenta beatitud. Se asomó por encima de su hombro y miró la carita sonrosada que movía sus labiecitos entre sueños.

El M.N (modelo niñera) esperaba a unos pasos de ellos y, al percibir que se acercaban, produjo una reverencia. Este estaba diseñado con formas redondeadas y cubierto de una felpilla cálida, suave e hipoalergénica.

—Ahora no —susurró él, y condujo a Susana a la habitación.

—¿Para qué compraste esa niñera si nunca la usas? —preguntó Alfredo en su visita, pensando que a él le vendría mucho mejor.

El robot se mantenía cerca de Susana, la seguía discretamente a donde ella fuera, y si ella le pedía que le trajera algo lo hacía.

—Lo uso como cuna cuando voy a dormir —se defendió Susana apretando al bebé en sus brazos—.

Por lo demás, apenas lo soltaba. Cuando llegaba a hacerlo, Franco aprovechaba su turno. Además de Alfredo, las visitas fueron frecuentes como era la costumbre en esos casos, y no hubo uno solo que no alabara la belleza del niño. La abuela no los había visitado, pues decía que a un recién nacido no le convenía acercarse a una vieja enferma, tampoco le gustaban los video-hologramas, pero llamaba a menudo a preguntar por él.

El M.N empezó a ser de más utilidad cuando Susana volvió al trabajo. Mantenía al bebé en sus brazos de cuna hasta que este se despertaba, luego le daba de comer, lo bañaba, le hacía estimulación de acuerdo con su edad, le cantaba, y todas las demás cosas que un M.N estaba programado para hacer. Mientras tanto, desde su trabajo, Susana no dejaba de mirar a través de la cámara ajustada en la parte delantera del robot para comprobar el estado de su hijo y dar órdenes, a pesar de que el M.N sabía mucho mejor que ella qué hacer, pues su programación se basaba en numerosos estudios científicos.

A veces, las compañeras de Susana se asomaban al monitor y se derretían en exclamaciones sobre la belleza del bebé y su calma. Algunas de ellas tenían hijos propios. Susana también se asomaba a sus monitores de vez en cuando y repetía sus halagos; que eran halago para ella misma, pues lo que con otros niños era cortesía, con el suyo era real. Ver a los niños moqueando y llorando, untados de comida hasta los pies, solo la hacía más consciente de lo especial que era el suyo.

Con la frente bien en alto y su hijo bien apretado, Susana tomó un día el aeromóvil para visitar a su abuela Marta. Olga, que adoraba al bebé, también estaría allí.

La anciana pareció rejuvenecer diez años cuando se puso casi a saltar de contento, pero en seguida sumó otros diez cuando se sentó en su silla y extendió unos brazos temblorosos que parecían irse a romper bajo el peso del cuerpecito.

—Ahora todo el mundo está loco por los hijos —dijo Marta mientras miraba la carita dormida— En mi época no era así, las mujeres se cuidaban mucho para no quedar embarazadas, tal vez por eso hoy es tan difícil. Pero en cualquier época, cuando tienes un hijo, no puedes sino adorarlo.

La abuela se puso entonces a cantar las nanas que habían arrullado a su hija y a su nieta. Susana sonrió con nostalgia. En el trayecto de regreso las buscaría en la base de datos del M.N para descargarlas y que se las cantara a su bebé.

—Me alegro tanto de que mis dos nietos hayan podido tener hijos.

La anciana miró a Susana con los ojos más aguados que de costumbre, Olga asintió emocionada.

El bebé despertó entonces, y clavó en la anciana su mirada azul cielo.

—¡Ojos azules! —exclamó la abuela— ¡Pero de dónde!

—Un pariente de Franco los tenía, vienen por su lado.

La abuela se quedó mirando a Susana con la boca abierta. Los labios de la anciana temblaban como si lucharan por decir algo que aún no acababa de entender.

—¡Ah, ya es hora de comer! —dijo Susana apartando la mirada, y tomó al niño.

—Pero si no lo ha pedido —dijo la abuela.

—Así es él —intervino Olga—, nunca llora, hace un ruidito y ya Susana sabe lo que necesita. Nunca había visto a una mejor madre.

Susana se sentó en otro sillón, se descubrió el pecho y acercó ostentosamente al bebé. Las dos mujeres podían ver como succionaba con suavidad.

La abuela no volvió a cargar al niño. Solo se acercaba a quien lo cargaba y miraba. Tampoco discutió sobre la presencia de M.N, ni sobre lo que este hacía por el bebé.

—Es una belleza de niño —comentó la madre a la abuela—. No llora, no molesta, muy tranquilo.

—¿Tranquilo? —murmuró la otra— ¡Bien podría ser un muñeco de porcelana!

—¡Es verdad, es verdad! Tan lindo como un muñeco de porcelana de los antiguos.

La abuela no respondió, sus apagados ojos estaban fijos en Susana, que aparentaba no oír nada.

Susana no volvió a visitar a la abuela más que cuando se reunían todos para celebrar alguna ocasión especial. El hijo de Alfredo, Pedrito, dos años mayor que el suyo, corría por toda la casa, embarraba el piso, desordenaba las camas, se caía, lloraba, moqueaba, gritaba, exigía, pataleaba. Luego, Alfredo lo atrapaba, le decía que se estuviera quieto y lo sentaba en las rodillas de la abuela. Esta lo mimaba los pocos segundos en los que lograba tenerlo allí, hasta que Pedrito se deslizaba al piso y reanudaba su carrera y su gritería.

El bebé de Susana habría podido quedarse en las piernas de la abuela toda la tarde si así ella lo hubiera querido, sin untarla de mocos ni de tierra, sin llorar, gritar, ni patalear, sin romper los adornos antiguos de la casa. Pero la abuela apenas le daba una palmadita en la cabeza cuando saludaba a Susana, y enseguida volvía sus ojos hacía el torbellino a quien siempre alguien debía ir persiguiendo. Por ratos, Olga tomaba al bebé en brazos y lo cargaba un poco, pero entonces se

escuchaba un llanto, o un vaso que se quebraba, o una súplica de Alfredo, y la mujer dejaba al bebé para ir tras el otro.

—Espera a que crezca un poco más y verás lo que es bueno —decía Alfredo cuando regresaba a la sala donde Susana y Marta se sentaban en extremos opuestos.

Ella sonreía. Su hijo nunca sería así, ya verían lo muy por encima que estaba de todo eso. Mientras tanto, ella podía compadecerse de los otros, llamar a Olga para que se hiciera cargo del bebé, e irse ella también a corretear a Pedrito.

La ciencia no había logrado aún encontrar la clave para prolongar indefinidamente la vida, la abuela murió dos años después del nacimiento del bebé. En el funeral, Susana noto que su madre iba envejeciendo también, a pesar de la tecnología para retrasar la edad. Pensó en que ella y su hermano se hacían mayores. En como su hijo crecería, se haría mayor, llegaría a los 70, a los 80 años... Nunca se lo había preguntado, tampoco se hablaba de ello en la empresa, pero, siendo su hijo como era, la ciencia podría ser más capaz en él. La ciencia que lo había llevado hasta allí, ¿no podría seguirle dando vida siempre?

Los sillones en la sala de la casita estaban tapizados de oro y plata; a un lado de la sala había un jarrón muy grande con unas flores que nunca se marchitaban. En la cocina, si la niña se acercaba mucho y abría bien los ojos, podía ver unos diminutos vasos de cristal y platos de todos los tamaños y formas; además, si abría los cajones que estaban bajo el mesón, podía encontrar tortas y platos ya servidos, listos para poner en la mesa. La habitación de la hija era la más bonita. Las paredes y cortinas, la cama, el tocador, la mesa de noche, todo hacía juego en tonos pasteles. Había muñecas y peluches en las esquinas. Y, sobre una mesita, lo que a la niña más le gustaba: una casita de muñecas. Cuántas ganas le daban de mirarla por dentro, si su casa de muñecas era tan linda, ¿cómo sería esa?

Susana decidió llevar ella misma a su hijo el primer día de clases. Mientras el aeromóvil volaba hacia allá, tomaba la mano del niño y le decía palabras de ánimo. Ánimo era lo que le hacía falta a ella. Con el corazón oprimido, veía acercarse el momento de la separación ¿Y si el niño se ponía a llorar? ¿Y si no quería dejarla ir? Le rompería el corazón, no podría irse. Su hijo siempre había

sido un niño pacífico, pero eso no implicaba que no necesitara a su madre. Todos los días se lanzaba a sus brazos cuando la veía llegar, no podía, pues, concebir que se separara de ella sin más.

El aeromóvil se detuvo frente al colegio. Apenas abrió la puerta, llegaron hasta los oídos de Susana los berridos de un niño que se agarraba al M.N que lo traía, mientras la voz mecánica lo consolaba con las palabras programadas para ese tipo de ocasión. Por un momento, sintió el impulso de retener a su hijo en el vehículo, ¿su precioso hijo iba a convivir con niños como ese? ¿Y si se hacía como ellos? ¿Y si regresaba un día convertido en un Pedrito?

—Mamá —Susana bajó la vista hacia el niño que apretaba en sus brazos—, te voy a extrañar mucho ¿Me prometes que cuando vuelva vas a estar en la casa?

—Claro que sí, vida mía —dijo ella.

El niño sonrió y extendió su mano, Susana bajó con él y lo llevó hasta donde la profesora esperaba. Tener a un compañero como su hijo sería más que suficiente aprendizaje para los demás niños.

El suyo demostró, por supuesto, ser un niño muy inteligente. De repente, encontró que ya leía, que ya escribía. Pero tampoco por eso podría decirse que no necesitara de sus padres. De vez en cuando le pedía a Susana ayuda con alguna tarea, o jugaba con Franco. Aunque nunca reclamaba su tiempo si estaban ocupados.

De hecho, cuando Susana tuvo el primer episodio de eso que la convertía en una especie de sábana más de su cama, él no necesitó su ayuda para nada. Primero empezó con una terrible ira cada mañana de ver que había amanecido, que llegaba un nuevo día, que debía continuar con su vida. Pasó a ser un suspirar todo el tiempo y no querer hacer nada. Lloraba sin razón, y repetía en sollozos o a gritos que nada tenía sentido. Su hijo se acercaba a ella al llegar del colegio, se paraba junto a su cama. Ella sonreía y le decía: “Mamá está bien, vete a jugar”. Él se iba, y ella retomaba sus lágrimas. Franco pasó de intentar razonar con ella a llamar un médico, que recetó unas pastillas, y Susana volvió a ser la madre feliz que era.

El fin del primer año de colegio había llegado para entonces, y Susana fue a recibir el reporte sobre su hijo. Franco había empezado a trabajar un día extra, así que no fue. Susana se acercó a la maestra, que estaba hablando con otros padres. Cuando llegó su turno anunció el nombre de su hijo con una sonrisa, que se convirtió en ceño ante el silencio pensativo de la mujer.

—¡Ah claro! Debe ser del curso especial, M.E podrá hablarle de él, es quien les dirige las clases.

Susana miró al modelo enseñanza que le señalaban, lo único de semejanza humana en él eran sus manos.

—¡Un robot! —estaba indignada.

—Bueno, M.E tiene más en común con ellos —Susana se había puesto rubicunda y su mandíbula se había desencajado tanto que podría caerse—. Quiero decir, un maestro normal comete torpezas como lo que acabo de decir, ¿ve? Mientras que un M.E está programado para su trabajo, no comete errores, lo hace mucho mejor de lo que yo podría.

La ira de Susana se terminó de disipar ante el buen reporte que el M.E dio de su hijo.

—Supongo que será un estudiante destacado —aventuró.

—El curso está compuesto por niños de su nivel, todos se destacan.

El acento persuasivo del M.E no hizo que las palabras desconcertaran menos a Susana, que decidió ir por su hijo de una vez. Al llegar al patio de recreo se encontró con un batallón de cabezas rubias que corrían coordinadas y con total pulcritud; paseó los ojos por el grupo una y otra vez, pero no lograba distinguir a su hijo. Lo llamó con voz trémula. Un niño llegó a ella de entre el montón. Susana parpadeó y reconoció al suyo.

—¿Son tus compañeros de la clase especial? —preguntó.

—Sí, mamá.

—Bueno, supongo que es mejor estar entre iguales.

El niño sonrió con sus dientes de perla.

—¿Fueron buenas mis calificaciones?

—¡Perfectas! —exclamó Susana, y le estampó un beso en la cabeza.

Franco entró a la casa. Dejó la maleta en el piso y suspiró. Iba a llamar a M.H, pero la figura de Susana parada frente a él lo detuvo.

—¿Se puede saber por qué llegas tan tarde?

—Estaba en mis horas extras, en el trabajo.

—Una cosa son horas extras y otra doblar la jornada. Estás trabajando de la mañana a la noche. Nos comprometimos como sociedad parental para tener un hijo en buenas condiciones, mi hijo difícilmente ve a su padre ahora.

—¿Qué quieres que haga? —se defendió él—, si trabajo tanto, es para pagarlo.

—¡No le echas la culpa! No trabajabas así al principio, cuando la deuda era más grande.

—Sí, pero hay que pagarla igual.

Franco se dirigió hacia su cuarto.

—¡Al menos ve a darle un beso! —dijo Susana después de que él pasara de largo por su lado.

—¿Para qué despertarlo?

Cuando Susana se paraba a pensar en ello, le parecía que había pasado un buen tiempo desde la última vez que Franco y el niño habían jugado juntos. Así que algunas veces, cuando Franco se encontraba imbuido en el visor de realidad virtual viajando por países o épocas remotas, persiguiendo leones en un safari o saboreando algún plato exótico, le decía al niño que fuera a jugar con él. Su hijo sonreía, se disponía a ir; pero, de pronto, aparecía algo que quería hacer con su madre, y terminaba quedándose allí. Si ella luego insistía, entonces iba y tomaba otro visor de realidad virtual. Susana sonreía al verlos divertirse juntos. Aunque a veces se preguntaba si no estaría cada uno en una realidad diferente.

—Susana ¿qué haces? —Preguntó Franco, que estaba acostado— ¿No vienes a dormir todavía?

—Han pasado tantos años desde que murió mi abuela —dijo ella, estaba mirando una de esas antiguas fotos estáticas impresas en papel, una reliquia familiar.

—¿Por qué miras esa cosa? Debes tener un modelo holográfico de tu abuela.

—Sí, pero a ella le gustaban las cosas viejas. Tuvo que ver como cambiaba el mundo, ver la revolución robótica. Cuando era joven todavía se discutía si eran una amenaza, si debían permitirlos en las casas. Pero para cuando mi madre se hizo joven ya habían aparecido los de similitud humana.

—Y ahora los perfectos. Aunque parece que hay un fallo ahí, si fueran perfectos incluso tu abuela los habría querido.

—Eso no es culpa de él, mi abuela era demasiado lenta para abrirse al cambio. Fue por los ojos azules. Nadie en mi familia los ha tenido y tú tampoco los tienes. Ni ese cabello rubio. Tal vez no debimos... creo que nuestro hijo hubiera preferido parecerse a sus padres.

—Bueno, siempre se puede pedir un cambio.

—¡Un cambio! —exclamó Susana soltando la foto y girándose hacia Franco— Hablas como si fuera cualquier artículo que se devuelve a la tienda por desperfectos.

—El desperfecto estaría en nosotros, que elegimos mal, en todo caso...

Pero Susana no estaba dispuesta a escuchar nada más. Salió del cuarto azotando el suelo con sus pisadas y no regresó en toda la noche.

En el desvelo del sofá, después de insultar en voz baja a Franco que no estaba ahí y de resolver toda su ira en lágrimas, algunos pensamientos llegaron a ella. En realidad, aunque seguía siendo su culpa por decirlo de ese modo, Franco tenía razón. El error solo provenía de ellos. Cambiar el aspecto de su hijo era una de las posibilidades que su condición especial le permitía. Sin embargo, hacer eso revelaría ante todos qué clase de niño era. Su madre y la familia de Alfredo se darían cuenta...

¿Y cuál era el problema? ¿Por qué debía aparentar que su hijo era un mocoso natural cuando estaba muy por encima de eso? Pedrito siempre se llevaba la atención de todos por sus pataletas y travesuras, ¿por qué no podía su hijo llevársela por sus cualidades superiores? ¿Y por qué limitarse a los ojos y el cabello?

El niño fue llevado a la empresa. Susana sintió que su corazón se encogía cuando llegó el momento de entregarlo al personal. Lo cubrió de besos, luego él se fue con sonrisa tranquila. En una semana estaría listo.

Por orden de Susana, M.H adornó la casa con guirnaldas holográficas y globos pirotécnicos para el recibimiento. Franco le compró el juguete más caro que pudo conseguir. En la empresa, mientras él sostenía el juguete, Susana temblaba de emoción esperando a que su hijo saliera. Tras una breve introducción, el medico abrió la puerta y apareció un niño de bucles negros y brillantes, piel morena, cejas pobladas y ojos oscuros.

La boca de Susana, que se había abierto por la sorpresa, no se curvó después hacia arriba para convertirse en sonrisa. Se quedó abierta, desencajada. Al grito de “Mamá”, el niño se lanzó hacia ella. La cabeza negra se hundió en su pecho. Luego se dirigió hacia Franco que le puso el juguete frente a la cara.

Se habló poco esa tarde. La familia de Susana había sido invitada a la casa dos días después. Susana se perdió la sorpresa de su familia ante el cambio de su hijo, pues se quedó todo el día en cama. No volvió a salir de ahí en meses, y palabra no salió de su boca. Para cuando los medicamentos la levantaron de allí, descubrió que su madre había adoptado la costumbre de no contestar a las llamadas.

La familia de su casita podía vivir las historias más extrañas. Cuando jugaba, iba construyendo un relato con ellos. A veces continuaba la misma historia del juego anterior, otras veces se inventaba una historia nueva y loca. Podría tratarse simplemente de una familia feliz que se levantaba, desayunaba, iba de paseo, arreglaba la casa. O bien, la hija se había convertido en una adolescente rebelde que se escapaba de casa, la madre y el padre salían a buscarla, la niña resultaba montada en el techo, la madre escalaba por las paredes para salvarla... Usualmente, una nueva historia ameritaba un reordenamiento de la casita. Fuera lo que fuera, la historia era la que ella se inventaba, lo que pasaba era lo que ella quería, y el final siempre era feliz.

El M.H en su versión moderna entró a la habitación trayendo la maleta de trabajo de Franco, detrás venía él. Susana estaba imbuida en el aparato de lectura infusa.

—Hace años no lo habría creído si me hubieran dicho que llegaría el momento en que te vería más a ti que a mi niño.

—Ya no tomo horas extra —dijo él.

—Cuando te lo pedía no quisiste. Pero no lo digo por ti, sino por él. Siempre está en clases o con sus amigos.

—Sabes que si le pidieras que pasara más tiempo contigo, lo haría.

—¡La maternidad no consiste simplemente en tener a tu hijo para ti todo el tiempo!

Franco no discutió. Sabía que, en su caso, la paternidad consistía en aceptar lo que Susana dijera.

—Pero incluso a su edad hace falta el abrazo de una madre de vez en cuando —sentenció Susana. Llamó al M.H, y cuando este le comunicó que el hijo se encontraba en su habitación, se dirigió hacia allá.

Susana anunció “madre” frente a la puerta del cuarto de su hijo. El ingreso siempre estaba permitido para ella -no muchas madres podrían decir lo mismo- así que la puerta se abrió.

En una silla estaba sentado un muchacho. Un casco cubría su cabeza y sus ojos. Apenas ella entró, se quitó el casco, del que salió un precioso cabello castaño claro. Sonrió una sonrisa de perlas y abrazó a Susana.

—Disculpa que te interrumpa cuando estás estudiando —dijo ella.

—Nunca eres una interrupción, mamá. Además, ya iba a terminar de infundirme todo el contenido que necesito para la clase de mañana.

—¿Cómo van los deportes?

—Muy bien, la próxima vez que tengamos un partido te voy a contar para que vayas.

Ella sonrió. Era fácil reconocer en su silencio que Susana tenía algo más que decir, su hijo esperó.

—¿No estarás saliendo con alguna chica? —preguntó— Estoy segura de que deben haber muchas que quisieran esa suerte.

Él contestó con algunas evasivas que llenaron de emoción a Susana, emoción que se vio recompensada por una visita algunos días después. Bastante bonita, amable, incluso había charlado un buen rato con Franco. Por lo demás, no podía estar más perdidamente enamorada de su hijo. Cuando se hubo ido, Susana asintió con satisfacción.

En adelante, la muchacha se presentó en la casa con cierta frecuencia. “Me lo va a quitar”, les decía Susana a sus amigas. Lo que no les contaba, pero la molestaba cada vez más, era la actitud de Franco. Después de un par de visitas había empezado a comportarse de manera muy cortante, apenas si saludaba a la muchacha y la miraba siempre con el ceño fruncido.

—¿No entiendo qué tienes contra ella! ¡Si es un encanto! —le reprochó Susana un día.

Franco suspiró.

—No tengo nada contra ella.

Susana dijo cuanto quiso sin que él respondiera mayor cosa, hasta que ella se sintió satisfecha y se acostó a dormir. Franco la siguió unos momentos después. En la oscuridad se abrió paso una voz.

—¿Crees que ella sepa qué clase de persona es él?

—¿Qué importa eso?

—¿Crees que le importaría si lo supiera?

—Pues sí, se engancharía a él y no lo soltaría por ningún motivo. ¿Qué mejor podría esperar conseguir que un hombre perfecto?

Eso era su hijo. Un hombre guapo, inteligente, buen deportista y con no pocos talentos artísticos, amable, amoroso, y la lista podría alargarse infinitamente. Mirándola con más detenimiento, la muchacha se arreglaba demasiado, y, más que amable, era servil. Empezó a preguntarse si su hijo no se aburriría con esa muchacha, si ella podría comprenderlo a profundidad cuando él hablaba. Una muchacha más bien sonsa. ¿Alguien así podría realmente encender el corazón de su hijo? Él era bueno y amable. Pero jamás podría amar plenamente a una muchachilla como esa.

Poco después la chica desapareció de la faz de su hogar.

Cuando Susana calló en cuenta de la cantidad de tiempo que la muchacha llevaba sin venir y comprendió que ya no volvería, se fijó en su hijo. Él no demostraba nada que se pudiera asociar con lo que ella vivía en su juventud cuando terminaba una relación. Ni suspiros, ni mal humor, ni borracheras. Le alegraba que su hijo no estuviera triste, y era normal que no sufriera todo lo que ella sufría, al fin y al cabo, estaba por encima de eso. Pero era como si la muchacha nunca hubiera pasado por su vida.

Susana pensó en preguntarle por el asunto y en varias ocasiones quiso intentarlo, pero las palabras se le perdían en la boca antes de salir. En su frustración, lo comentó con Franco; sin embargo, antes de que él pudiera darle su opinión, salió de la habitación peleando sola. Tal vez su hijo estuviera ocultando su dolor para no preocuparla, y lo que pasaba con ella era que temía herir sus sentimientos al preguntarle. Si, eso era. No podía preguntarle porque temía herirlo. Por eso, cada vez temía más preguntarle y, consiente de su temor, al ver a su hijo, no podía sino pensar en eso y sentir que debía preguntarle, porque, además, cada vez pasaba más tiempo, así que no podía estarle ya doliendo tanto, claro, sí, si se lo preguntaba y a él no parecía importarle en absoluto, era porque ya había pasado demasiado tiempo como para que le siguiera doliendo, no porque nunca le hubiera importado la muchacha, no porque nunca hubiera tenido sentimientos por ella ni...

Así que evitaba a su hijo. Al principio fue casi sin darse cuenta de que lo hacía. Luego lo notó, al notar que ya no tenía necesidad de aguzar el oído por si venía, o de cambiarse de habitación, o de estar ocupada en algo para no tener tiempo de hablar: pues ahora su hijo nunca se cruzaba con ella. Sin embargo, en vez de volver a andar con libertad, Susana terminó por recluirse en su habitación.

No iba a trabajar. No salía de la cama. No se bañaba. Casi no comía. No hablaba con nadie. No tenía interés en sus amigas. No se dio cuenta de que su hijo crecía y se graduaba. Otra vez.

Franco llegaba cada día del trabajo y entraba a la habitación. Se acercaba a Susana y le preguntaba cómo estaba. Ella no respondía, o le decía que la dejara sola. Él suspiraba y se sentaba en una silla junto a la cama y se quedaba ahí, aunque ella le diera la espalda y no le dijera nada. A veces se acostaba en la cama junto a ella. Al principio trataba de acariciarla, pero ella reventaba en un ataque de histeria, así que dejó de hacerlo. Se quedaba ahí, sin tocarla, sin hablar, sin ser visto, pero sabiendo que ella sentía que el colchón se ahuecaba a su espalda.

—Debes ir a verla —le dijo Franco a su hijo— Necesita compañía.

—A mí también me preocupa mucho papá. Pero ella quiere estar sola. Creo que lo mejor es no causarle más molestias mientras la medicina hace su efecto.

—La medicina ya debería haber hecho su efecto. La última vez tuvimos que intentar con varios fármacos, y ahora no sirven ni esos. Aunque diga que quiere estar sola lo que le hace falta es ver que no lo está, que la necesitan.

Pasaron unos segundos. El muchacho no respondía nada a la mirada suplicante de su padre. Al final asintió.

“Hijo y familia desean ingresar”, anunció una voz.

—Que entren —dijo Susana. Se levantó y salió a recibir a su hijo, que llegaba sonriente con su asociada.

El hombre saludó con afecto a sus padres. Se sentaron a comer uno de los platos especiales de la versión otra vez modernizada del M.H. La asociada dirigió una conversación que mantuvo la mesa animada y en la que en algún momento apareció algo de “Estamos pensando en mudarnos de casa”.

—¿Por qué? —preguntó Susana.

—Bueno, ya es momento para una más grande.

La joven asociación intercambió una sonrisa y un apretón de manos. Susana bajó la vista a su plato, donde pinchar las bolitas de proteína una por una la entretuvo por el resto de la comida.

Dos semanas después, la pareja regresó como era costumbre. Comieron, y después se sentaron en la sala a hablar. Los apretones de mano y las sonrisas se habían multiplicado, cada frase parecía provocarlos. Franco se revolvió incómodo en su sillón. Por fin, tras un asentimiento entre los dos, la mujer empezó a decir:

—Les tenemos una noticia que sabemos que estaban esperando.

—¡Van a tener un nieto! —quien era su hijo estaba sentado frente a ella con su asociada. Tomados de la mano, ambos sonreían.

—Un nieto —musitó ella—, un nieto...

Su perfecto hijo y su perfecta asociada sonreían aún.

El hijo se levantó y fue a sentarse junto a ella. La mirada de Susana se clavó en sus ojos. Ojos de largas pestañas, verdes, con vetas cobrizas. Ojos que habían sido color café cuando el muchacho iba a la universidad y casi nunca estaba en casa, pero de vez en cuando le daba un fuerte abrazo a su madre, y la sorprendía siempre con un buen regalo de cumpleaños. Ojos que habían sido grises

cuando el muchacho era un adolescente al que ella aconsejaba sobre la vida en las noches. Ojos que habían sido negros y pequeños cuando el adolescente era un niño que saltaba a los brazos de su madre cuando ella volvía del trabajo, y pasaba las tardes con ella. Ojos que habían sido azules cuando el niño era un bebé al que ella no separaba de su pecho. Un bebé que habían puesto en sus brazos hacía 30 años, después de un ligero procedimiento en el que había expulsado la bolsa de aire que inflaba su barriga, un bebé que desde el primer momento había sonreído al verla y que nunca lloraba. Ante los ojos desorbitados de Susana bailaban esos otros ojos de mil colores y largas pestañas.

Se abrieron paso hasta sus oídos las exclamaciones “Mira qué alegría le ha dado, se quedó sin habla” y “Mamá, ¿cómo te gustaría que fuera ese nieto?”. No pudo escuchar más. Un grito ahogó todas las voces. Un grito agudo e infinito. Susana no podía responder nada, ni pedirles que callaran ese ruido estridente, que la enloquecía, no lograba hablar, porque su boca era la que gritaba. Sintió que unas manos trataban de agarrarla y que sus propias manos y pies las rechazaban. A esas manos, a todo.

Perfecta casita de muñecas, con sus habitaciones grandes, sus muebles primorosos, su familia feliz. Perfecta casita de muñecas con sus tortas que no se podían comer, sus camas de colchas que no podían arropar a nadie, sus muñecos que dormían encima de la colcha, pero que no sentían frío, porque no dormían, porque no se levantaban, no se movían, no eran. Esa perfecta casita de muñecas, mejor levantarla por el techo y estrellarla contra el piso, darle una patada, saltarle encima a los destrozos, si algo queda todavía entre los escombros, tomarlo con las manos y aplastarlo, reventarlo, romperlo a mordiscos.

—Susana —dijo Franco inclinándose hacia ella desde su silla—, nuestro hijo quiere venir mañana a comer.

—No quiero verlo.

Franco se recostó en la silla y suspiró.

—Si es lo que te preocupa —dijo—, cancelaron el pedido.

—Que no venga.

El cuerpo de Susana, marchito a pesar de todos los tratamientos antiedad, fue introducido en el edificio donde sería cremado. Los presentes esperaron unos minutos en silencio, luego empezaron a marcharse poco a poco, hasta que solo quedo Franco, el hijo, que se ahogaba en sollozos y su asociada, que le apretaba el hombro.

—Vayan a casa —dijo Franco.

—Podemos acompañarlo esta noche —dijo la asociada—, también a nosotros nos consolaría su compañía.

—Vayan a casa, todos necesitamos descansar.

Franco se quedó solo allí, frente al edificio.

El hombre se dirigió a casa al terminar el trabajo de ese día. Se nutrió, hizo deporte y se programó para hibernar hasta el siguiente día laboral, pues ese fin de semana no visitaría a Franco. Un aviso de urgencia lo despertó antes de tiempo. Fue al hospital. No había nada que hacer. Asintió. Preparó el funeral. Lloró amargamente. Los amigos se fueron poco a poco del edificio de cremación. Su asociada dejó de apretarle el hombro y el de llorar. Se fueron. Desde el aeromóvil envió una notificación a la compañía: “M.F (modelo familiar) sin familia. Con trabajo. Código xx13wy589n y con asociada M.F en préstamo”. Una respuesta llegó al día siguiente: “Tres días para arreglar la situación laboral y reportarse en la empresa de fabricación”. Renunció ese mismo día. Se presentó en la empresa por la entrada trasera, como estaba programado para hacer. Se dirigió hasta una sala en cuya puerta estaba escrito “desactivación”. Afuera había varias camillas de metal ordenadas en hileras. Las primeras estaban ocupadas por otros cuerpos en hibernación. Se acostó en la siguiente que encontró vacía. Desactivó su conciencia de manera definitiva. Los procesos orgánicos seguirían su curso hasta que lo desensamblaran, pues ayudaba a la conservación de las partes para su reutilización.

Yo

Jugar a marchar

Todos

Igual: el mar se divide, una parte se levanta y cae luego contra el resto. El golpe le produce cosquillas al mar, así que se ríe. Los individuos a los que ha golpeado la ola gritan, por eso no logran escuchar la risa del mar. Para escucharla hay que agacharse cuando la ola ya pasó, poner los oídos justo al nivel de la espuma blanca y quedarse en silencio.

Siempre es igual, el mismo mar. No hay ninguna razón especial para que justo ahora alguien desee venir, sin embargo, tantos han venido. Las piernas y brazos con vello tinturado de todos los colores, las caderas estrechas que se unen a los hombros en una línea recta retocada por las varillas de los trajes de baño, los pechos con sus protuberancias tamaño de limón: unos cuerpos se chocan con otros en el agua.

La playa también está cubierta de cuerpos que se asolean. En ellos se puede apreciar mejor la moda igualitaria de los trajes de baño, la espuma seca rellena el espacio entre las varillas de manera que el torso forma un perfecto rectángulo desde los muslos hasta los hombros.

No solo la risa de la espuma, el rugido de la ola también es ahogado por las voces agudas que llenan la playa. Demasiada gente. No obstante, al caminar alejándose de la costa el ruido de las voces acaba por ser ahogado por otro ruido, el de los carros que surcan la avenida a toda velocidad. También ahogan el sonido del mar.

Nadie se propone seriamente no esperar el semáforo por mucho que quiera cruzar, a menos que en realidad desee morir: tan rápido corren los carros. Es un semáforo bastante largo, la pantalla muestra más de cinco anuncios comerciales antes de permitir paso a los transeúntes. Por ahora presenta el de un jabón de avena. Si bien, más que la nube de espuma, lo que llama la atención es el perfecto torso rectangular, los brazos y cuello delgados. "Igualdad y libertad" anuncia la pantalla, los transeúntes salen de su ensoñación y se preparan para cruzar. Enseguida aparece el aviso correspondiente.

Un individuo se adelanta a los demás, lleva el cabello a la altura de las orejas, según la moda, tinturado por secciones, 7 colores diferentes en 7 mechones de igual grosor. Seguramente camina con tanta fuerza a propósito, para que su cabello salte a cada paso y deje ver, debajo de esa primera capa, otra segunda de 5 diferentes colores, y aún se asomen las puntas de otra capa con 3 mechones de

diferente color. Para su desgracia, caminar así también puede atraer la atención hacia sus zapatos con unos cuantos centímetros de plataforma. Sin ellos su colorida cabeza iría por debajo de la igualdad.

Del otro lado de la calle, un centro de salud e igualdad exhibe la imagen de dos cuerpos iguales al del comercial de jabón. Los tipos de cuerpo a los que no les hacen falta espumas y varillas para verse iguales. Si se mira a través del ventanal del centro, es evidente que no todos tienen cuerpos así, pero es lo que buscan con los ejercicios y suplementos hormonales. Tampoco todos lo consiguen, ciertos cuerpos son más difíciles de igualar.

“Diez de la mañana, una hora más para la igualdad y libertad”

—Se me hace tarde —musita una voz un tanto muy aguda, un tanto diferente a la voz que anuncia la hora en los parlantes, con su agudeza igualitaria ideal.

El individuo de la voz aguda aprovecha que se ha detenido para sacudirse la arena que aún tiene en las sandalias. Al enderezarse, el ventanal del centro le devuelve su imagen. Tal vez podría querer venir a averiguar la inscripción un día de estos.

Continúa el camino hasta la estación de metro. Logra alcanzar la silla libre antes que el anciano que se ha subido junto a él, así que estira las piernas con algo de mejor humor. Con el afán, al anciano se le ha desacomodado un poco la peluca: el lado izquierdo le llega a la mitad de la oreja, mientras que el derecho al inicio de la mandíbula ¿Para qué esforzarse si los jóvenes siempre alcanzan la silla primero? Ese es uno de los tipos populares de peluca, cada cabello de un color diferente, sin color predominante, algo así no se puede hacer en pelo natural. El cabello de él es bastante menos vistoso, mitad negro y mitad blanco, cortado justo debajo de las orejas según la moda igualitaria. Las pantallas del metro presentan el programa de variedades y anuncios comerciales usual.

Logra llegar a su trabajo justo a tiempo, se ubica en su silla. Las personas empiezan a acercarse. Se inclinan sobre el mostrador hasta poner sus narices sobre él, quieren esto o aquello, y lo quieren ya, la tercera frase viene a gritos. Como si él pudiera hacer lo que piden por mucho que ellos griten, o se pongan rojos, o lo deseen. También él quisiera que fuera así y ahorrarse tanta saliva. ¿Por qué trabaja en esto?

—Me alegra que lo entienda, después del tratamiento consigue justo lo que quiere.

Se levanta de su puesto y toma su maleta.

—¿Qué pasa? —pregunta l individu del módulo contiguo.

—No quiero trabajar más hoy.

—¡Pero no quiero atenderlos a todos yo sol!

Ell va de camino a la puerta. Sale sin encontrarse con su jef, lo que resulta mejor, tampoco quiere explicar nada ahora. Ni quiere tener que enfrentarle al día siguiente. Tanto da, no puede forzarse a seguir escuchando quejas hoy, cuando ya no quiere.

Se dirige a un almacén de ropa, hace tiempo que quiere una camisa nueva. Pasea una y otra vez frente a los modelos expuestos. La mayoría son diseños igualitarios con varillas en los costados para que el torso se vea adecuadamente rectangular. Toma un modelo y se lo prueba.

Suspira.

Se lo quita y se mira al espejo. Aunque las lleva fajadas, las protuberancias de su pecho no son los dos pequeños limones que deberían. La mayoría de camisas no logran ocultarlo. A pesar de usar la faja desde su niñez y de recibir las mismas inyecciones que tods, su cuerpo se diferencia en eso.

—¿Qué son esos suspiros? —pregunta su vecin al encontrarle en las escaleras.

—Cuatro pisos no son en vano —responde ell.

L vecin siempre parece animad. Sonríe y sigue bajando. Ell entra a su casa y se acuesta mirando al techo. Suspira otra vez.

Se supone que vaya al trabajo. Pero ahora que está parad frente a las escaleras le parece que dar un paso hacia abajo estaría tan en contra de sus deseos que sería un delito. Del apartamento de su vecin se desborda una música estruendosa, a un volumen tan alto que las pulsaciones de todo el cuerpo se acompañan con ella y el resto del mundo se pierde.

Toca la puerta de su vecin con creciente violencia hasta que est le abre. El ruido le envuelve como una nube de humo negro.

—¡Hola! —grita l vecin.

—Hola —responde ell—, estoy aburrid, quiero pasar.

Adentro hay que gritar cada palabra tres veces para hacerse entender, así que ell renuncia a hablar. Se sienta en un sofá y observa al vecin maquillarse las mejillas con una gama de azules en estilo mariposa y agitar la cabeza al ritmo de la música.

De repente el mundo queda suspendido. Los oídos aún tiemblan ¿Se ha quedado sord? La música ya no suena.

—Así que, ¿cómo está tu vida?

Pregunta l vecin, mientras se sienta junto a ell en el sofá y prende el televisor. Las voces de la pantalla se confunden con las suyas. Por ratos hablan, por ratos miran la televisión, por ratos hablan con la televisión.

Están mostrando un debate sobre un nuevo tipo de hogar infantil que se ha venido proponiendo. Ls adults podrían visitar a sus hijs, no a cualquier niñ de cierta edad, sino justo l que parieron. Un de ls que discuten dice que cualquiera es libre de visitar tanto como desee a ls niñs, pero que no hay razón para que visite a un en especial. A fin de cuentas, tods ls niñs son iguales.

L vecin tiene los costados rectos, pero los hombros un poco más anchos de lo que debería. En todo caso, sus protuberancias pectorales son del tamaño adecuado.

—¿No te quitas la camiseta? —le pregunta a ell.

—No quiero.

L vecin se encoge de hombros. Es de ls que tiene una protuberancia entre sus piernas.

¿Qué tanto da que sea o no l niñ que llevan en la barriga? Además, muchas veces los embarazos son vacíos, después de nueve meses no sale nada en absoluto. Y, si quieren quedarse con l niñ, todo se reduce a no mandarl al hogar infantil al principio.

—Me pregunto qué hago yo —comenta l vecin mientras ell se viste— ¿Hogar infantil o yo mism le tengo?

—¿Por qué pensar en eso?

—Bueno, l médic me dice hace poco que estoy embarazad. Alguna vez tiene que pasar, es igualdad.

—Supongo que sí —musita ell, pero ya no le escuchan. L vecin ha puesto un programa de música y otra vez sube el volumen.

En la noche el mar también es igual, solo que no se ve muy bien y ls salvavidas insisten en sugerirle a la gente que no se meta al agua. Dicen que es más peligroso, pero no puede ser, el mar es el mismo mar. Si se ahogan más en la noche será porque no ven bien.

Ahora l salvavidas está llamando a uns bañistas, sugiriéndoles que salgan. Ells no quieren. Las voces se escuchan lejanas. Ya sin la multitud de la mañana, el rugido de las olas invade todo el lugar. Ell solo está sentad en la orilla, mojándose las piernas. Agacha la cabeza hasta casi pegar el oído a la arena, quiere escuchar la espuma que dejan las olas al llegar hasta ell. Una ola más fuerte que las otras viene y le llena la nariz de agua salada.

L doctr digita en su computador sin mirarl. Lleva un rato en silencio.

—Doctr —dice ell al fin—, creo que no quiero este embarazo.

—¿Cómo no quiere?

—No gano nada con esto, solo un montón de molestias.

—Si, pero sabe que es igualdad, tods pasamos por eso al menos una vez en la vida.

—Si, ya estoy embarazad, ¿no cumplo ya la cuota de igualdad? Tengo libertad para decir que no quiero estarlo más

—Bueno, si así lo quiere, lo único que se puede hacer es que no continúe con el embarazo.

L doctr no deja de digitar. Se imprimen dos papeles.

—Este para l psicólogo y este para una ecografía en cuatro meses.

Irónico. O tal vez justo como debe ser. Bastante igual en todo caso. Le hace más igual a las personas que se acercan a reclamar al mostrador. Puede volver a atenderlos con el mismo desinterés que siempre, lo que él les da como respuesta es lo mismo que a él le han recetado.

—¡Pero si yo no puedo esperar tanto! Me han dicho antes que tendría máximo un mes y el proceso tarda por lo menos tres meses, necesito otra solución.

Todos quieren que funcione de inmediato, él también.

Cuando niño vive en el hogar infantil con los otros niños. Su hogar infantil es un edificio grande, con salones en la parte baja y dormitorios en la parte alta. Duermen 30 por habitación, una cama junto a la otra. En una pared hay 30 cajones. Ese cajón contiene sus cosas. Cualquier día cambian de cama o de habitación, y también cambia el cajón y su contenido.

A veces él mientras se asoma al salón de clases o al patio de recreo y pregunta quién quiere ver a un adulto que ha venido de visita. Debe ser un niño de una edad cercana al que el adulto deja allí tiempo antes. A algunos niños les gustan las visitas, los adultos llevan dulces y regalos. A él le gustan, pero es tímido y no sabe qué decir, así que no va mucho. Además, los mentores nunca dicen quién es el adulto que viene. Si llega a conocer a alguien amable, no hay modo de saber cuándo vuelve.

En ocasiones, después de una visita algún niño dice: “El adulto es igualito a tal niño, tiene los mismos cachetes rellenos”. A veces varios insisten y al adulto le entra mucha curiosidad. Alguna vez él va a recibir una visita y siente que el adulto se parece a él. Descarta el pensamiento, pero en otra visita le vuelve a encontrar y vuelve a sentir lo mismo. Entonces empieza a asistir a tantas visitas como puede, pero ya no le encuentra más.

En todo caso, los mentores lo repiten cada vez que sienten el tema flotando en el ambiente: “Todos los adultos son iguales, todos los niños son iguales, ¿para qué preocuparse por quién es progenitor de quién?”.

—Entonces no quiere este embarazo —empieza el psicólogo.

—No veo qué gano con esto, nueve meses de gordura y luego entregar el bebé al hogar infantil. ¿Para qué me sirve?

—También puede quedarse los primeros meses con el bebé si quiere.

—¿Y qué va a hacer una persona con un bebé? ¿Una persona encargándose de otra persona? Si sale del cuerpo es porque es momento de la separación y corresponde al gobierno criarlo. Yo digo que la aternidad va en contra de la igualdad y de la libertad.

—Como psicólogo estoy de acuerdo, yo soy de los que creo que a los progenitores que insisten en quedarse con los bebés lo que les hace falta es una buena terapia. El individuo no tendría que abrirse a la dualidad. Pero eso es otra discusión. En cualquier caso, su deseo es bastante igual. Serán cinco sesiones y embarazo terminado.

El psicólogo por ratos mira a quien tiene en frente.

“Solo es real lo que tú sientes que es real”: regla de oro y principio base para los tratamientos de psico-materialidad y para cualquier vida feliz. También le viene bien un tratamiento para hacer su pecho pequeño e igual, como debe ser. Razón de más para no continuar con el embarazo, por cierto, a los individuos embarazados les crece más el pecho. Pero solo un tratamiento a la vez.

Mientras tanto, puede probar a cambiarse el color del cabello. Esta vez intenta un estilo de esos que hay que hacer con mucho cuidado. Cuadros en 4 colores. También esos colores para las cejas y los vellos del resto del cuerpo. Y por fin compra ese suéter de campanas que siempre ve en la vitrina de un almacén. A cada paso tintinea, levanta un brazo para acomodarse un mechón de pelo y tintinea, frena el metro y tintinea. Todos le miran.

Resulta incluso bastante bueno en el trabajo cuando hay un cliente especialmente fastidiosos, como este.

—Pero le quiero de vuelta, le digo que eso es lo que quiero.

Así que él agita los brazos mientras abre y cierra cajones, toma y deja esferas, se despeina y se vuelve a peinar. El tintineo cubre un poco la molesta voz.

—Después del proceso tiene un igual, no se preocupe. Todo lo mismo que antes.

—No, no quiero un igual. Le quiero a él.

Aunque no lo suficiente para no escuchar nada. Por fortuna, ya va a terminar con este.

—Mire lo que dice. No me haga pensar que usted atenta contra el principio de igualdad.

En estos casos clava la mirada en el cliente con la mayor seriedad, el otro se asusta ante la magnitud del error que ha cometido y se aleja sin reclamar mucho más; casi agradecido de que el funcionario tras el mostrador no haya llevado el caso a mayores.

—¡Tiempo sin verte! —Dice su vecino, con quien se cruza a la entrada del edificio—, pero te he estado escuchando llegar o salir todos estos días con ese suéter.

El vecino está muy erguido, de manera que su barriga prominente resalta incluso más.

—¿Cuánto tienes?

—5 meses ¡Cómo! ¡Si tú también estás embarazada!

El suéter forra muy apretado su barriga protuberante, no logra bajar más allá del ombligo.

—No, yo no—dice ella.

—¿Ah no? Pues si lo estuvieras tendríamos más o menos el mismo tiempo, tu barriga está tan grande como la mía.

Van subiendo las escaleras.

—A veces pienso “me lo quedo” y a veces pienso “¡Qué no me lo quedo!”. No estaría mal esa propuesta de llevarle al hogar infantil, pero poder saber cuál es el que pases y visitarle.

—Y, ¿para qué quieres saber cuál es el que pases? Un niño, otro niño: todos son iguales. Además, ¿qué haces pensando en lo que todavía no es presente? El presente es lo único que existe.

—Tienes razón, tienes razón —ríe el vecino—, que tonterías digo. Debe ser por las hormonas que me inyectan y todas esas cosas del embarazo. En fin.

Los maestros del hogar infantil cambian cada dos o tres años. Así es cuando ella es niña. Y, mientras están, no dictan clase siempre al mismo grupo. El grupo tampoco se mantiene igual por muchos meses. Cuando ya te has acostumbrado a un grupo y a un maestro las cosas cambian y hay que adaptarse de nuevo. A los maestros los cambian cada año.

Los mentrs viven en el hogar infantil y cuidan a ls niños. Cuando ell es niño, enferma por más de una semana y tiene que quedarse en cama. U mentr se queda junto a ell, le da de comer, le lee libros, le da medicinas, le cuenta cosas. Después de curar sigue recurriendo a l mism mentr cuando necesita algo, y también si no necesita nada. Cuando cambian al mentr le duele. Probablemente es para evitar esos sentimientos negativos que ls cambian con frecuencia. U mentr es u mentr, ni más ni menos. Igual a tods.

Es difícil que ls nuevs maestr y mentrs aprendan a distinguir a ls estudiantes también cambiantes. Así que ls maestr ls llaman por el número de su asiento, cada asiento tiene un banderín con un número. Ell dura un buen tiempo en un mismo salón, y se sienta casi siempre en el asiento doce, porque queda cerca de la ventana. Así que la llaman “doce”. Algunos días alguien más ocupa su asiento doce, entonces ell se convierte en otro número. Pero eso causa problemas: no se da cuenta de que le llaman cuando le llaman; en cambio, cuando llaman a doce cree que le llaman a ell. Después cambia muchas veces de salón, pero se sigue sentando en la silla doce.

Aun así, ahora que no está en el hogar infantil, ya no es doce para nadie. Y ahora es lo único que existe. ¿Qué hace pensando en un presente ya pasado?

Alguien llama a su puerta. Es su vecin, que se invita a sí mism a pasar. Enseguida se deja caer con su barrigota en un sillón, dice estar cansad y sube los pies en un cojín.

—¿No estas ocupad o sí? —pregunta, al notar que ell mira mucho y habla poco.

—No. Cuéntame, ¿cómo se siente estar embarazad?

—¡Si supieras! La barriga ya pesa, bajar las escaleras es un tema, se me hinchan los pies. ¡Si supieras!

L vecin posa la mirada en ell. Hace mucho que no escucha las campanas salir ni entrar. Si la ropa de ell siempre ha sido holgada, ahora lo es aún más. Ya ni siquiera usa varillas cadera-hombros, sino un refuerzo blando que apenas retoca nada. Aunque se encorve hacia adelante, su barriga es bien visible.

—Me dices que no es embarazo ¿cierto?

—¿Yo? Claro que no es.

—¡Oh! ¡Ya vuelve a hacerlo! Cada día pateo más, ¿quieres ver?

El se agacha junto al vecin que se levanta la camiseta, aparece una protuberancia redonda, cubierta por un material del color de la piel de su portadr, aproximadamente en el centro hay una costura abultada.

—¿Y eso? ¿un ombligo?

—¿Qué crees? No se me va a desaparecer por estar embarazad.

Al apoyar la mano siente un movimiento, al apoyar el oído escucha un zumbido. No puede hacerlo por mucho tiempo, agacharse resulta difícil.

L vecin camina aún con la camisa levantada hasta un espejo de cuerpo entero. El material del color de su piel cubre también el pecho, que se ve más grande que antes.

—Hay un problema en presente pasado, la barriga deja de crecer, parece que se atrofia el sistema y me la quitan para arreglarlo. Es muy raro encontrarme con mi cuerpo normal por unos días. ¡No me imagino cuando nazca!

—¿Así que usualmente no te la quitas?

—¿Hablas en serio? ¡Solo l médic puede hacer eso!

—¿No te da problemas para bañarte?

—No, el sistema es resistente al agua. No deja de ser tu cuerpo por estar embarazado.

L vecin se va. Ell está sola, de pie ante el espejo de cuerpo entero. Desnud. Su barriga es casi del mismo tamaño que la de su vecin. No tiene coberturas de tela. Dentro de ell puede sentir que algo se mueve.

“Solo es real lo que yo sienta que es real. Solo es real lo que yo sienta que es real, y yo siento que no estoy embarazad”. Respira, lo repite. Respira. Se muerde el labio. U client está exponiendo sus quejas:

—No quiero, va en contra de mi libertad, tiene que hacer algo.

Ell repite en su mente: “No lo siento, no lo siento, no hay embarazo”. Adentro suyo algo se mueve. “Solo es real lo que yo sienta que es real. No lo siento.”

—Así que deme una cura ahora mismo. ¡Soy libre de curarme!

Solo se trata de respirar, visualizar las cosas como quieres que sean, sentir que son así. “Solo es real lo que yo sienta que es real”.

—¡No me quiero morir! ¡Deme una cura, no me quiero morir!

—¡Qué no se puede! ¡Quiera lo que quiera, si le quedan dos semanas, le quedan dos semanas!

Ell grita. Al levantarse, la silla cae al piso. L individu retrocede un paso, mud. Toda la gente de alrededor ls está mirando. L compañer del cubículo contiguo va hasta ell y le toma por los hombros.

L individu empieza a gritar en medio de un torrente de lágrimas. L compañer trata de calmarle.

—No se preocupe, le enviaremos a terapia de psico-materialidad intensiva, terapia tipo 3, con un método muy moderno, se habrá curado en apenas nada...

Ell sale a correr fuera de allí. Abandona su trabajo en la sección de deseos de pacientes terminales o crónicos y remisión a psico-materialidad. Se detiene para respirar, su gran barriga no le permite correr más. Camina tan rápido como puede atravesando las diversas secciones del hospital hasta que llega a la que busca. Irrumpe en un consultorio.

—Quiero que me atienda ya —dice.

L medic levanta su vista del computador.

—Usted todavía no tiene control. Acabo de llamar a l próxim paciente.

—Atiéndame ya —cierra la puerta tras de sí— Esto no está funcionando. Hago antes todo el proceso de psico-materialidad y, por mucho que aplique todas las técnicas que me enseñan...

—A ver, siéntese. No está embarazad ¿No es eso lo que quiere?

—Si, pero no es lo que estoy sintiendo.

—Bueno, pues ese es el problema. Usted mism no está sintiendo lo que quiere sentir. ¿Cómo pretende entonces que no haya embarazo? Le mando unas sesiones extra de terapia.

—¿Para qué me sirven? Por mucho que sienta, lo que está pasando en mi cuerpo va a seguir pasando.

—Claro que no, es su libertad que su cuerpo sea lo que...

—Si en mi cuerpo no está pasando nada, entonces, ¿qué hago aquí? ¿Para qué venir a controles con usted?

—Lo que sienta es la verdad para usted. Pero no quiere decir que yo sienta lo mismo. Si no, no cumpliría la cuota de igualdad. Ahora, sienta que está aquí por un dolor de estómago y así es.

El se queda estático por un momento. Su boca abierta tiembla. El siguiente paciente abre la puerta. El sale a grandes zancadas del consultorio.

Dolor de estómago... Dolor de estómago. ¿Un dolor de estómago de nueve meses? ¡Ni siquiera le duele!

Sale del hospital y se lanza a la calle con la respiración desbocada. Su pecho salta, sus manos tiemblan. Se choca con varias personas al caminar. Cruza la carretera sin buscar un semáforo que le sugiera cuando hacerlo. Pero no es la carretera entre su casa y el mar, dónde sin duda le atropellarían.

El mar.

Se fija dónde está y cambia de rumbo. Quiere correr, pero no puede hacerlo por más de unos pasos. Aunque siempre puede sentir que corre ¿no? Escupe una maldición y continúa caminando.

El mar es siempre tranquilo. Sus olas acarician la orilla, le dejan algo de espuma y, a cambio, se llevan algo de arena. Solo para regresarla en la siguiente ola. A veces, las olas son tan fuertes que hacen caer a quien golpean. Incluso en esas ocasiones a él le parece tranquilo el mar. Ver las olas recorriendo siempre su mismo camino le hace olvidarse de todo lo demás. En especial si está dentro de él: parece que no hay nada más en el mundo.

No tiene ahí su traje de baño, pero no quiere ir hasta su casa por él. Aquí no hay nadie. Y él quiere meterse ya mismo.

Tal vez debe pedir una terapia tipo 3. Le ponen en una camilla, le inyectan anestesia psicotrópica. Está acostado viviendo en el mundo de su mente, en el mundo de sus puros deseos, totalmente libre

del mundo material. “El supremo camino de la libertad”. Eso dicen a ls enferms terminales. En realidad, no ls tienen por mucho tiempo así, es costoso y no reporta beneficios, pero ni siquiera se nota cuando acaba. Nadie despierta de una terapia tipo 3. Probablemente tampoco están viviendo la libertad en su mente. Solo están anestesiads.

Su vientre se está moviendo como nunca.

Salir del hogar infantil es para ell una experiencia abrumadora en su momento. Por supuesto, cada un tiene la libertad de irse cuando quiera, pero la igualdad dicta que se vayan en su juventud. Alguns esperan el momento con emoción, salen junto con un grupo de amigs y viven con ellos. Otrs tienen más reservas al respecto, pues vivir en el hogar infantil es cómodo, la comida y la cama están siempre disponibles.

Ell nunca ha tenido muchos amigs. Espera hasta el último momento posible dentro del rango de la igualdad para dejar el hogar infantil. Ha dormido toda su vida junto a otras 29 respiraciones. El silencio de la noche, acostad sol en su nuevo apartamento, le causa pavor. Se queda en el trabajo hasta tarde, camina hacia su casa despacio. Toma una buena bocanada de aire antes de abrir la puerta y enfrentarse a su soledad.

Pero ahora resulta que, al caminar a paso lento hacia su casa, al hablar sol, al abrir la puerta: no camina sol, no habla sol, no entra sol. Si está cansad de estar de pie en el metro murmura: “Cómo pesas”. Si se tropieza en las escaleras refunfuña: “Mira que, si me haces caer, l que va a recibir el golpe eres tú”. Cuando está cocinando comenta: “No sé qué opines tu del brócoli, mal por ti si no te gusta, a mí me gusta y es lo que comemos hoy”. Al acostarse en su cama, con el mundo suspendido en el silencio y la oscuridad, dice: “Pero, ¿por qué me pateas? No es mi culpa si estás apretad. Sal pronto, aquí hay más espacio”.

—¿Quiere su hamburguesa en combo?

—Si, con papas extragrandes.

L individu paga, el recibo se imprime. L siguiente llega y ell toma su pedido. El trabajo es casi el mismo que el de antes, seguramente por eso la agencia estatal de empleo le asigna aquí. En vez de

“¿Que quiere?... vaya a tratamiento de psico-materialidad tipo 2”, es “¿Qué quiere?... ¿En combo?”. Tampoco le gusta mucho este trabajo. Pero según la igualdad es necesario que trabaje, toda la gente lo hace.

La caja registradora le golpea la barriga al abrir. A veces olvida su gran barriga y se acerca demasiado. Se apoya en el mostrador, un dolor intenso se está expandiendo por su espalda y su abdomen. Respira. Da el cambio sin estar muy seguro de haberlo contado bien. El dolor se repite poco después, y nuevamente más tarde. Ha llegado el momento.

Entra al hospital asustad. Antes no asiste a los controles que le quedan, así que ahora no sabe qué esperar. Pero es algo por lo que todos pasan sin falta, no tiene opción. Le inyectan en la espalda y le acuestan en una camilla. Un rato después u enfermer corre una cortina que le impide ver su estómago y sus piernas.

¿Y si se siente sol l bebé en el hogar infantil? Tal vez le es difícil hacer amigos como a ell. ¿Mira a los adults que van, trata de adivinar cuál es su progenitr? ¿Se imagina que su progenitr es aquell mentr amable?

Llegan otros doctors, hablan en voz baja. Escucha el sonido de los instrumentos metálicos al ser depositados sobre la mesa. Siente una presión.

¿Va ell a visitar el hogar infantil? ¿Mira las caras de ls niños esperando reconocer en u de ellos a quien tanto le había pesado y tanto le había pateado? ¿Y si cree reconocerle vuelve una y otra vez con la esperanza de verle de nuevo? Pero todos los niños son iguales... O puede quedársel un tiempo, darle de comer ell mism, y luego si dejarle...

Llanto.

¿Por qué llora? Ell extiende los brazos. Tal vez no necesitara dejarle. Llanto y unos pasos. Un golpe seco: la puerta se ha cerrado y ya no se escucha llanto.

Alcanza la cortina con una mano, intenta descorderla, pero u enfermer se lo impide. Se acerca a ell y dice.

—Estamos terminando aún el procedimiento. Denos un momento.

—¿Y l bebé? —Pregunta ell.

—No hay, es embarazo vacío.

Las escaleras son mucho más difíciles de subir ahora. Se para a descansar por enésima vez, jadeando, lleva una mano a la cicatriz que confirma su cumplimiento de la cuota de igualdad. Su cuerpo se siente más pesado que antes. Ya está en el cuarto piso, solo le restan unos pasos para alcanzar la puerta de su apartamento, pero no se mueve.

—¡Hola! ¿Qué haces ahí? —pregunta l vecin que está saliendo—. ¿Te cansas con las escaleras? ¡Pues no te imaginas lo que es subir a dos!

L vecin sostiene la puerta con un brazo y con el otro saca un coche. Ell se acerca. En el coche hay u bebé recién nacid, pequeñ y rojiz.

—Con lo que cuesta subir y bajar las escaleras, estoy dudando de quedármelo un tiempo, creo que le entrego pronto.

Ell mira el estómago del vecin que aún se conserva algo crecido, como el suyo. Mira a l bebé. L vecin empieza a bajar las escaleras. Ahora ell solo ve la pared blanca del fondo. El coche se tropieza entre dos escalones. L bebé llora.

—¡Mi bebé! —grita ell y se lanza hacia las escaleras.

Nadie

Jugar a las escondidas

Nadie

Coito al jefe al inicio de la jornada, nada mejor para empezar otro día de trabajo. Así el jefe recordaba que había una subalterna, la subalterna recordaba que había un jefe. El jefe reafirmaba su autoridad aplastando con innecesaria presión a la subalterna contra el escritorio e impidiéndole levantar la cabeza. Ahora ella estaría dispuesta para recibir la siguiente orden.

—El informe lo necesito para la junta de hoy —dijo mientras se alisaba la máscara.

Ella acomodó la abertura genital de sus pantalones y se dirigió a su cubículo.

El compañero de la derecha acababa de llegar. Hacia los compañeros no había necesidad de demostrar autoridad, por lo que bastaba el acostumbrado coito rápido. Durante el coito, se acercó alguien. Solo al escuchar su saludo, notó que era la compañera de la izquierda, estaba usando una máscara nueva. Luego se aisló en su cubículo a trabajar. Por poco no logra tener el informe a tiempo, cuando llegó a la sala de juntas ya estaban en la orgía de inicio.

Terminado el día laboral, introdujo su bono-transporte en un vehículo público individual y programó la ruta hacia su vivienda, con una parada para canjear el bono-comida del día siguiente. El vehículo empezó su recorrido y ella se recostó en la silla, tratando de contener los estornudos. El olor del desinfectante, que rociaba el vehículo tras cada pasajero, le hacía mal, su nariz era muy sensible. Sería bueno tener un vehículo propio, pero esa no era una necesidad vital, pasarían muchos años antes de reunir los bonos multiusos suficientes. De pronto se dio una palmada en la máscara. ¡Había olvidado incluir una parada!

El dispositivo vencía al día siguiente, tenía que ir hoy a renovarlo, sin falta. Se bajó del vehículo frente a la torre gris donde quedaba su cubículo-vivienda. No tenía más remedio que dirigirse caminando hacia la droguería.

Las torres de cemento se sucedían unas a otras en esa zona residencial, el gris de la fachada únicamente interrumpido por las rejillas de ventilación, diez o doce por piso, una por cada cubículo-vivienda. Ella tenía el suyo en el piso 30 de una de esas torres de cemento. La número 15 de su calle. Hacía ya varios años que había dejado el criadero y se le había asignado su cubículo-vivienda vitalicio, pero aún no se aprendía los caminos. A lado y lado de la calle, de cada calle, edificios

grises, de similar altura. Nunca lograba recordar cuantas cuadras había avanzado, y tampoco sabía cuál era la esquina por la que debía doblar. Le hacía mucha falta el GPS, pero había olvidado traerlo.

De pronto, un grito y un estruendo. En la calle frente a ella, un vehículo acababa de atropellar a un individuo. Tal vez se había arrojado. Culpa del vehículo no debía ser, pues los sensores de obstáculos funcionaban muy bien. Además, el hecho de que el individuo gritara y se retorciera tanto mostraba que el vehículo incluso había alcanzado a desacelerar un poco. Si no, estaría muerto. Ahora todos los demás tendrían que rodear al individuo caído para pasar. En fin, era solo un choque, ya cada transeúnte volvía a lo suyo. Ella miró al alrededor.

—Bueno, ¿será por aquí que debía girar? —se preguntó.

Iba a retomar el camino cuando sintió una mano en el hombro. Volteó conteniendo apenas un grito. El hombre con máscara de oficinista ya se había alejado varios pasos y balbucía:

—Disculpe, no quería hacerlo, es que su voz...

A través de los dos orificios en la máscara se asomaban unos ojos verdes. Verdes como el mar al que la habían llevado en el décimo año de criadero, donde también habían llevado a... La ola del recuerdo rompió contra su mente.

—Azi —dijo.

—Pio, sabía que era tu voz.

—Estás hecho un hombre, ¿cuantos años han sido?

—Si me pones a hacer cuentas... creo que han sido tantos como la edad que tenía yo y tenías tú cuando me trasladaron.

Azi (k.c.r.a.z.i, registro del año trece del siglo, condado ocho) era ahora más alto que Pio (k.c.r.o.i.p, registro del año trece del siglo, condado ocho). Su máscara, a juego con el traje de oficina, se unía tan pulcramente con este que ni siquiera se distinguía en dónde acababa lo uno y empezaba lo otro; lo mismo se podía decir de sus guantes y sus zapatos. El único detalle diferente al patrón negro con líneas blancas eran los dos ojos verdes. ¡Cómo había cambiado el niño de ropa arrugada al que ella siempre superaba por un par de centímetros!

—¿A dónde vas? —preguntó él.

—A la droguería, tengo que recargar el dispositivo anti-embarazo, pero olvidé el GPS.

—Tan distraída como siempre, no van a tener que mandarte un requerimiento si sigues así.

—Ni me lo van a mandar, no atraigas mala suerte.

Él llevaba su GPS y ofreció indicarle el camino, así que Pio se dirigió a la droguería siguiendo a Azi. Por el camino surgió una conversación. Pero, en algunos momentos, el tono neutro de las voces se quebraba un poco. La máscara de otro transeúnte, vuelta hacia ella o hacia él, le hacía a cada uno guardar silencio. Entonces, resultaba Pio mirando a Azi, y Azi a Pio, hasta que el encuentro de los otros ojos a través de las máscaras le recordaba a cada uno lo que hacía y apartaba la vista.

La conversación fue reviviendo los años en el criadero. A veces, cuando el maestro virtual se quedaba en silencio para darle tiempo a Pio de resolver un problema, ella escuchaba los murmullos de otro maestro virtual que dictaba contenidos atrasados, y el ruido de un niño que parloteaba cosas que nada tenían que ver y hacía jaleo por todo el cubículo. También, en los días de evaluación, podía escucharlo dudar entre una respuesta y otra a problemas muy sencillos. “Es 24”, dijo un día casi sin darse cuenta.

En cambio, a Pio se le olvidaba cualquier cosa que su maestro virtual le mandara hacer o traer de un día para otro. En las orgías que se celebraban tres veces al día entre los niños del criadero, Azi aprovechaba para recordárselo en un susurro.

—¿Te acuerdas cómo me regañaba, y a ti también, algún funcionario cuándo me encontraba hablando contigo? —comentó Azi.

Ya Pio había renovado su dispositivo, y cada uno se había detenido bajo el mismo árbol como sin proponérselo.

—¿Cómo lo iba a olvidar? Si fui yo, y tú también, a parar a rectoría.

—Ah, pero eso fue al darse cuenta de que cuando apagaban las luces salía cada uno de su cubículo-dormitorio y hablaba con el otro.

—Sí que era una niña problemática, y tú también —dijo Pio en voz baja—. No sabía el funcionario rector qué hacer con cada uno. Pero, en realidad, nunca había entrado a tu cubículo. Mi y tu privacidad estaba pura, al menos en ese sentido.

—Pero de nada valió, fui enviado al criadero del condado 5.

Se quedó él y ella en silencio. Cuando Azi fue trasladado de criadero ella, escondida en su cubículo-dormitorio, había llegado a...

Llevarse a Azi había sido lo correcto, ahora lo entendía. No había él ni ella violado la privacidad del cubículo-dormitorio como se les acusaba, pero sí un tipo de privacidad mucho más importante.

Solo cuando ya estaba en su cubículo-vivienda, preparándose para dormir, Pio se dio cuenta: que descortesía, no había tenido coito a él. En cambio, demasiada conversación. Casi le hacía pensar en sus vicios de niñez.

La playa seguía inundada por los recuerdos que la primera gran ola había traído, y no cesaban de llegar otras olas más suaves. Mientras la compañera de la izquierda conducía un coito matinal, ella recordaba la rendija en la esquina inferior de la pared que separaba el cubículo de estudio de ella y el de Azi. Esa abertura, que no debía estar ahí, era la que permitía que las voces se escucharan. Con el tiempo, mientras el maestro virtual dictaba la clase, ella había empezado a recostarse junto a la abertura para hablar mejor con Azi. Todo su sentido de la neutra decencia se sacudió cuando una ola llegó a empaparla con el recuerdo de aquella vez en que él había escuchado como un sonido estridente, que no era palabras, agitaba su pecho y traspasaba su máscara.

Eso la hizo recordar lo que pasaba a su alrededor. La compañera de la izquierda se estaba tomando más tiempo de lo usual. Los años habían pasado, los delitos de la infancia habían quedado en la infancia. Ver a Azi otra vez era solo una oportunidad para comprobarlo.

Se metió en su cubículo, releyó un par de frases para retomar el trabajo y volvió a hundirse en los recuerdos.

El siguiente encuentro fue en un salón de transacciones. Azi tenía un bono de entrada por su trabajo, pues con frecuencia se reunía con uno u otro miembro de diferentes empresas para hacer negocios. Pio nunca había estado en uno de esos. Le extrañó el estilo del lugar, espacioso y lleno de sillas. Eran pocos los espacios cerrados tan grandes y tan concentrados de ruido humano. Al principio se

sintió aturdida, pero luego vio que del paquete que traía Azi con su ración de comida se asomaba un pollo frito, y vinieron de nuevo los recuerdos. A Pio no le gustaba el pollo en su niñez. La pantalla del maestro virtual se cambiaba por una mesa plástica cuando traían el almuerzo a los cubículos de aprendizaje. Si era pollo, Pio no se lo comía. Azi siempre tenía hambre, así que ella le pasaba su pedazo de pollo por la abertura en la pared. Y por eso había empezado a llamarla Pio.

Del pollo, la conversación pasó a aquella vez en que ella había intentado verter un caldo a través de la rendija, que terminó en el piso; y luego, al ajedrez de dos personas. ¡Qué ridiculez! ¿Cuándo se había visto que, en vez de jugar contra el sistema, se jugara contra otro individuo? Pero a Azi se le había ocurrido una noche traer una hoja con el tablero dibujado, y cada uno dibujaba sus piezas a donde quería moverlas. Ridículo. Ridículo.

Mientras hablaba, Pio se olvidó de la cantidad de ruido a su alrededor, Azi se olvidó de cuanto era el tiempo decente para una transacción. Las sillas del lugar cambiaron de posaderas una y otra vez, muchos tratos y ventas se cerraron sin que Azi diera muestras de levantarse, ni tampoco Pio. Solo el aviso, en un tono acusatorio neutro, de que ya era hora de cerrar, hizo que cada uno notara que el tiempo había pasado, que el cielo se había oscurecido, que había estado hablando al otro por horas.

Y aún parecía que quedaba mucho por decir.

Caminó a su casa despacio. De las torres no se escapaba ni una luz, las farolas parecían ser el fin del mundo. Pero no había necesidad de apurarse, con ella caminaban los recuerdos de esos años. De pronto cayó en cuenta de una tensión en sus mejillas. Tenía las comisuras de la boca estiradas, sus dientes se asomaban por detrás de los labios. Por fortuna la máscara estaba ahí para cubrir ese descuido.

—Que extraño —pensó entonces—, tampoco hoy hubo coito. La próxima vez tenemos que empezar por eso.

Ese mismo pensamiento la acechaba después de la cuarta o quinta vez que se reunió con él. Ahora la hacía golpetear el suelo mientras esperaba en la fila para canjear su bono-recreación de esa semana. Algo no estaba bien. Ya había sido comentada la vida de cada uno en los últimos años. Ya se había recordado todo lo que era decente recordar y aludido con discreción a lo que no. Pero siempre parecía haber de qué hablar. A veces no se hablaba, es cierto, pero entonces los ojos de

cada uno se quedaban fijos en los del otro, que se asomaban a través de la máscara. Fijos de una manera que no podía sino rayar en lo obsceno. Ya el hecho de que cada uno se reuniera con el otro tantas veces lo era bastante.

Y en todas esas reuniones, el coito no se había presentado.

Definitivamente, no estaba bien. Cuando pasaba tiempo cerca de él se le olvidaba. O, si lo llegaba a recordar, siempre había una razón para posponerlo. Parecía que estuviera enferma.

—Larga la fila —comentó la máscara brillante que esperaba tras ella—. Yo voy a entrar a un cubículo de adrenalina.

Apenas ahora notó que le hablaban.

—Yo pensaba uno de sensorialidad virtual.

—Perfecto, entonces yo avanzo más rápido.

El hombre hizo un gesto cortés hacía su abertura genital. Después del coito, ella decidió que no había excusa para no hacer lo mismo a Azi, apenas se tomaría un minuto.

Ese pensamiento le hizo sentir que en su estómago se formaba un nudo. Acabó por canjear el bono-recreación directamente por una relajación cerebral.

A pesar de la descarga hormonal, la próxima vez que vio a Azi, Pio no tenía un nudo en su estómago, sino dos.

Azi intentaba mantener la apariencia de neutralidad, pero ya debía haber notado algo en Pio, que no hablaba mucho y apretaba las manos. Si tan solo hubiera coito la situación sería decente. Pero Pio se sentía incapaz de tomar la iniciativa. Esa era la razón de uno de sus nudos en el estómago. Apenas verlo, su resolución de que esta vez sí habría coito se había esfumado. Solo pensar que él llegara a empezarlo apretaba tanto el nudo que sus tripas parecían reventar.

Azi había dejado la charla neutra. Se quedó callado con los dos puntitos verdes fijos en Pio. Debía ella hacer algo antes de que se perdiera más la compostura. Podría decir la razón de su segundo nudo, sin decir que el nudo existía.

—Voy a tener que viajar a otra ciudad por trabajo, un tiempo largo.

El puntito negro en medio de los ojos de Azi se dilató tanto que por poco cubre todo lo verde, y enseguida se contrajo casi hasta desaparecer. Un sonido entrecortado atravesó la máscara. Le deseó suerte a Pio. Muy bien, se dijo ella tras sus párpados cerrados, por supuesto, él se había reformado.

Azi... como cuando lo habían mandado a otro criadero, que lejos estaba.

—Su bono-vivienda —pidió la recepcionista.

Ella levantó la vista. Llevó las manos a su cartera por impulso, pero ya empezaba a sentir que todas sus tripas caían en un vacío infinito. Había puesto el bono-vivienda, que canjearía por los cuatro meses de hotel, junto a la puerta, para tomarlo antes de salir. Por más que rebuscara en su bolso, no iba a encontrarlo. Lo había dejado allí. Se mordió el labio bajo su máscara. Incluso si canjeara toda su talonera de bonos multiusos por el cubículo de paso, no le alcanzaría para un mes. Imbécil ¿Cómo había podido olvidarlo? Por eso decía siempre Azi que Pio era una distraída. Azi.

No.

Claro que no.

¡Jamás! No podía pedirle a Azi que entrara a su cubículo-vivienda por el bono. Habría sido una violación flagrante a la intimidad. Justo por creer que hacía eso lo habían trasladado al otro criadero en la niñez. Cuántos discursos le había dado el maestro virtual a ella sobre la importancia de la intimidad después de eso. El cubículo-vivienda se asignaba a cada uno al dejar el criadero, y nadie más lo ocupaba hasta la muerte de quien lo tuviera asignado. El cubículo-vivienda de alguien tenía todas sus cosas, revelaba su interior. Antes prefería trabajar jornada doble todos los días que cometer la obscenidad de permitir a otra persona entrar.

Otra persona que era Azi.

—Espere un momento, parece que al jefe se le olvidó entregármelo —dijo ella a la recepcionista—. Voy a llamar.

Con dedos temblorosos y un nudo en el estómago, que ya se iba haciendo costumbre, tomó el aparato y presionó la información de alcance: condado ocho, año trece, código k.c... Tras unos segundos apareció la voz:

—Escucho.

—Azi, aquí la compañera de criadero, código k.c.r...

—¡Pio! —la voz de él sonó fuerte.

—Si, Pio —dijo ella.

Se cercioró de que no hubiera nadie a su alrededor que pudiera escucharla.

Más tarde no supo ni con qué palabras había pedido semejante cosa, ni si él la había llamado con todos los insultos que conocía o había amenazado con reportarla. Solo supo que fue a la oficina de entregas rápidas a enviar un paquete de folios entre los que estaba la llave de su cubículo-vivienda, y que al día siguiente entregaba el bono a la recepcionista.

El hombre que sería su guía en el primer día de trabajo llegó a recogerla muy temprano. Ya que el tiempo apremiaba, el coito protocolario fue mientras se esperaba a que llegara un vehículo público para cada uno. Ya en la empresa, empezó por llevarla a conocer a quien sería su jefe esos meses. Sin realmente serlo, pues, antes de que se fuera, su otro jefe le había recordado con un coito especialmente autoritario que seguía al mando; no obstante, este demostró no estar dispuesto a dejarse anular. Luego vino la presentación de cada nuevo compañero de la derecha, de la izquierda y de todos lados. Uno tras otro, al verla entrar tras el guía, se preparaban para el coito con toda la cortesía debida a un recién llegado.

Volvió exhausta al hotel. Pero todas sus interacciones habían sido normales, al menos eso quería decir que no estaba enferma. Cuando regresara a su ciudad se dejaría de tonterías y efectuaría el coito protocolario a Azi, incluso podía seguir hablando mientras tanto.

Sintió como si un cubo de hielo se deslizara por su espalda. ¿Por qué pensaba en ver a Azi al regresar? ¿Por qué pensaba en Azi? Ya el hecho de que hubieran interactuado sin motivo tantas veces era reprobable, que él hubiera entrado a su cubículo-vivienda era sin duda obsceno, ¡y ahora invadía también sus pensamientos! Todo esto era una depravación, y las consecuencias no se hacían esperar: había que ver nada más cómo ella recorría el cubículo a grandes zancadas, reprimiendo apenas su voz...

Aunque el asunto del bono ya había quedado solucionado, no podía dejar de pensar en Azi. De pronto, se descubría queriendo volver a su ciudad para verlo. De pronto, se descubría queriendo

que el teléfono sonara para hablar a él. Pues, aunque el asunto del bono ya había quedado solucionado, seguía hablando a él cada pocos días.

Salió sin saber muy bien a dónde ir, solo quería olvidar todo el embrollo en su cabeza. Se sentó en la banca de un parque. Un grupo de niños del hogar cercano se encontraba quemando energías al aire libre. Un hombre, que pasaba por el lugar, le proporcionaba a una de las niñas lo que sería una de sus primeras experiencias con un adulto diferente de sus cuidadores. Otra niña esperaba cerca. Notando que los observaba, la cuidadora de turno la invitó a ella a participar. La niña se le acercó. Mientras empezaba, recordó la primera vez que se había encontrado con Azi después de que apagarán las luces. Como si ya eso no fuera lo bastante malo, le había contado un montón de intimidades.

Entonces, incluso ahora que se suponía que dirigiera a esta niña inexperta, pensaba en Azi. ¿En qué se estaba convirtiendo? No solo la intimidad de su casa, la intimidad de sus pensamientos también había sido invadida. Todo invadido por una sola persona, por una misma persona, por él...

Una exclamación que casi llegaba al chillido la hizo despertar. La niña corría alejándose de ella.

—Depravada —acusó la cuidadora con su perfecto tono neutro reprobatorio.

El hombre hizo pantalla con su cuerpo para ocultar la escena a la otra niña.

—¿Pero qué es esa indecencia? Enseñar así su intimidad a un grupo de niños. Voy a llamar a la policía.

Ella lo veía todo como en un sueño, pero sabía que su máscara estaba manchada con la prueba de su delito, que en sus ojos se notaba. No acertó sino a echarse a correr hacia el hotel. Rápido, rápido, que nadie más lo viera. Correr, porque no podía detener las lágrimas.

Depravada. Depravada. Eso era.

Se cubrió con las cobijas y se acurrucó como para no dejar salir esa intimidad que se le escapaba, para que nadie la invadiera. La única para ella, era ella. Otro no podía entrar en su uno.

El teléfono sonó. Ella asomó la máscara empapada. Seguía sonando. Alargó una mano que temblaba y lo tomó.

Las lágrimas que en un primer momento se habían detenido, ahora eran tantas que humedecían el aparato. No lograría sonar neutra. Apretó el teléfono contra su cuerpo para que no se escucharan los sollozos, pero las convulsiones de su pecho debían estarse transmitiendo. Azi tenía que haberlas sentido, se notaba en su voz cuando, de modo muy tenue, empezó a decir:

—Pio, ¿estás...?

Pero ella no lo dejó terminar.

—¡Sigo siendo una depravada!

Estrelló el teléfono contra el piso y se hundió en el llanto como solo lo había hecho una vez: cuando Azi había sido cambiado de hogar.

Por mucho rato, en el cubículo no se escucharon más que los sollozos. De pronto, algo los interrumpió. El timbre del teléfono. Congelada en la cama, ella esperó a que se detuviera. Un timbre, y otro, y otro... y todavía otro, y aún otro... y ella se metió en la ducha y se puso bajo el chorro para que la ensordeciera.

Cuando por fin cerró la llave del agua, además de unas gotas que aún caían, el silencio fue total. Solo por un segundo, porque enseguida sonó otro timbre.

Se lanzó hacia el teléfono.

—Pio —escuchó—, ¿cuándo vuelves?

—En unos tres meses —susurró ella.

—Parecen años. Yo... siento que quiero que vuelvas.

—Yo siento lo mismo —había corrido tan rápido hacia el teléfono que no había tenido tiempo de ponerse la máscara.

Desde ese momento habló Pio y Azi cada día. Y cada día por horas.

El vehículo se detuvo frente al edificio de Pio y ella bajó con una maleta. Caminó hacia la entrada. Allí había una persona de pie, esperando. Pio se detuvo junto a él. Luego entró y tomó uno de los ascensores individuales a su piso. Se quedó en la puerta de su cubículo. Otro ascensor llegó, salió él, caminó hasta ella.

Pio miró la llave que le extendía. No levantaba la cara. No se movía. No hablaba.

El sonido de una puerta que se abría les hizo contener la respiración.

—Me parece que llevaba tiempo sin verte —dijo la vecina que había salido. Al acercarse notó que la puerta del cubículo de ella estaba entreabierta. Desvió enseguida la mirada y apretó el paso—. Luego será el coito —dijo.

Al ver la puerta del ascensor cerrarse tras la vecina, Pio entró a su cubículo. Las luces estaban apagadas, no se veía nada. El corazón le saldría corriendo, se escaparía de su pecho. Prendió la luz. Azi estaba escondido tras la puerta.

De pronto, un estornudo. Y luego otros más, Pio no podía contenerse.

—Debe ser el polvo —dijo Azi.

Fue a las rejillas de ventilación para abrirlas. Entonces escuchó un golpe seco y volteó, Pio había cerrado la puerta.

El tamaño y forma del cubículo no era muy diferente al de él, cuatro paredes blancas, una de ellas con la rejilla de ventilación. En ese espacio: la cama, el sanitario y la ducha, el fogón, la nevera, la lavadora, una silla frente al teleinmensor. Las cosas necesarias para cubrir las necesidades humanas, las mismas que había en su cubículo. Pero la cama sin tender, ropa tirada por el suelo, una olla sobre el teleinmensor. Ahora veía que él era ordenado.

El sol se ponía afuera, pero Pio no podía darse cuenta, ni Azi, pues a los cubículos-vivienda no entraba nada del exterior. Excepto Azi, que ahora estaba ayudando a Pio a limpiar su cubículo ¿Cuándo se había visto cosa semejante? Él quitaba el polvo con un trapo, y ella iba levantando las cosas tiradas y desempacando. Cada lugar por el que pasaba el trapo, cada detalle en el que se fijaba, le revelaba más sobre Pio. De pronto Azi se encontró con un aparato desconocido y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es para comprobar que el dispositivo anti-embarazo siga funcionando bien —dijo Pio—. Tengo que pincharme un dedo.

Azi imaginó los dedos de Pio llenos de puntitos bajo sus guantes.

—Que molesto. Cada mujer sí que tiene un problema con eso del embarazo.

—Todavía me quedan cinco años para pasar la edad y que me esterilicen definitivamente.

—¿Entonces no te han requerido hasta ahora para prolongar la especie?

—No, por fortuna. Hincharse así debe ser terrible —Pio recordó cuando habían requerido a una de sus compañeras de trabajo.

—¿Tienes tu propia teoría de cómo se produce el embarazo? Alguna vez escuché que alguien decía que era algo en el aire, otra decía que podía ser por comer carne. Tal vez los científicos lo sepan y no quieran decirlo.

—Yo creo que simplemente es algo que pasa a las mujeres porque la especie tiene que prolongarse, no tiene sentido buscarle más explicación. A ti nunca te va a pasar.

Ya la limpieza había sido dejada de lado. Cada uno se sentó en el piso, cerca del otro. Azi ya no hablaba más y su mirada se encontró con la de Pio. Los dos pozos verdes en su máscara se retiraron enseguida. Pero un momento después volvían a fijarse en los de ella. De pronto empezó a decir:

—Pio, cuando estabas lejos, sentí algo que...

—¡No lo digas! —exclamó ella, rompiendo un poco la neutralidad de su voz—. Sabes que no está bien. Los sentimientos son intimidad.

—¿Dices eso ahora? Estoy en tu casa, de niño hablé de estas cosas a ti.

—¡Y mira lo que pasó!

—Si, es un delito. Pero no importa. Ahora que te encontré de nuevo y que de nuevo te tuve lejos, yo... ¿qué palabras hay para decirlo?

—Un fuego en lo hondo del pecho o del estómago que a veces quemaba tanto que los ojos querían llenarse de agua para apagarlo. Y a veces era tan cálido que habría podido salir a la nieve sin abrigo: cuando hablaba contigo, o cuando pensaba en ti.

—Dijiste lo que yo sentía.

—¿Ves? —Pio escondió los ojos entre sus manos, ya nada se veía de ella—. Hemos roto nuestra intimidad, ahora una parte de mi está perdida en ti, y una parte de ti está perdida en mí. Y eso duele, ¡quema! Por eso es que la intimidad no debía ser invadida.

—Sí. ¿Y si fuera todo? Si te diera todo de mí, y tú me dieras todo de ti, entonces sería tu y yo una sola intimidad.

—Nadie podría objetar nada entonces, sería perfecto —dijo Pio, otra vez las comisuras de su boca estaban estiradas, pero aún se apretaba la sien con una mano—. Es imposible.

—Sí, probablemente —concedió Azi—. Pero el fuego sería más dulce que nunca si lo intentara yo y tú.

—Como cuando niños

—Pero más.

La noche ya estaba completamente oscura. Pero, como nada del exterior podía penetrar, eso no se veía en el cubículo. Tampoco nada salió de él hasta el amanecer.

Una vez se ha abierto la puerta a la depravación, ya no se puede cerrar.

Primero fue un guante. Azi se sorprendió ante lo pequeña que era la mano de Pio cuando eran puestas palma con palma. Y Pio no entendía cómo la mano de Azi estaba siempre tan tibia. Pero lo que más impresionaba a los dos era la diferencia de color, la mano de Azi era más oscura que la de Pio. No podía ninguno creer que la piel del otro realmente fuera de ese tono, por lo que siguió el brazo. Y Azi lo tenía repleto de vellos gruesos, pero de tono claro. Pio de lunares bajo unos vellos muy delgados. ¿Y los pies? ¿Y las piernas?

Y la depravación fue tanta que destruyó no solo la puerta, sino las paredes para entrar como un maremoto: se quitaron las máscaras.

Pasó mucho tiempo antes de que pudieran hablar. los ojos verdes de Azi estaban tan desorbitados que tal vez no estuviera viendo nada en absoluto. Pio lo había notado en los brazos, pero no había llegado a imaginar lo que significaba. Las pestañas que rodeaban esos ojos eran de color dorado, como el trigo. No solo ellas, sino las cejas gruesas, y el cabello que hacía hondas como el mar: todo

era de trigo. Y, lo que más la sorprendió, alrededor de su boca, en todo su mentón, había también una capa del mismo color.

Los ojos desorbitados de Azi veían a pesar de todo. Veían que el cabello de Pio era negro como un carbón y bajaba recto, que en su cara no había más pelo que unas cejas muy delgadas y arqueadas. Que sus labios eran abultados y su nariz curvada. Que en su barbilla se hacía un hoyuelo.

A Pio le parecía sentir que ella no tenía pelo en la barbilla, pero no podía ver su cara para estar segura. Cuando el cabello le crecía a Azi y veía sus puntas, le parecía que eran de color dorado, pero ahora, viendo el cabello tan negro de Pio, lo dudaba. ¿También su barbilla tendría un hoyuelo? ¿Serían los dientes de Pio blancos cómo los de Azi? “Si, son blancos, y tu cabello es del color del trigo”. Pero Azi no podía decir “Tus labios son gruesos”, porque nunca había visto que los suyos eran delgados. Y, sin embargo, se preguntaba si serían, cómo los de ella, dos gotas de tormenta al amanecer. Entonces debía levantar una mano y tocar esos labios, mientras con la otra tocaba los suyos y se daba cuenta de que eran finos como una llovizna.

Las palabras y las manos que habían dado a conocer a cada uno su propio rostro mientras miraba el del otro, ahora daban a conocer el interior. Pero las palabras eran insuficientes, siempre se quedaban a medio camino, siempre se convertían en balbuceos al intentar revelar todo ese mundo que las manos no podían tocar. También ellas habrían sido insuficientes. En cambio, podía cada uno tocarlo con todo su cuerpo, porque los balbuceos lograban -como los niños que, aunque gateando, logran sin embargo avanzar- llegar hasta donde cada uno entendía que lo sentido por el otro era lo mismo que él mismo sentía. A veces un poco diferente, como los labios que lo decían, pero labios en fin. Entonces, podían callarse y solo sentir, sentir y conocer al otro que lo sentía, y conocerse.

Y se acercó cada uno tanto que pecho se juntó con pecho. Los brazos de Pio rodearon la espalda de Azi y él la de ella. Apretó cada uno al otro como para fundir los dos cuerpos en uno solo. Contra un pecho se sentía el latido acelerado del corazón del otro. Después de mucho tiempo allí enlazados, cada corazón empezó a latir más lento, hasta que solo se sintió un único latido.

Pio entró en una torre gris, en la que estaba el cubículo-vivienda de Azi. Tomó el ascensor individual hasta algún piso y luego bajo por las escaleras. Al comprobar que nadie pasaba por el

pasillo, corrió a la puerta y dio un golpe. La puerta se abrió enseguida y ella se lanzó a los brazos de Azi. No se movió en mucho tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Me llegó una notificación. Soy requerida para prolongar la especie.

—¿Embarazo? —Azi se apartó un poco para poder mirarla.

—Ya no me van a dar bono para renovar el dispositivo. Se vence en una semana —Pio se alejó, su voz temblaba—. Ya sabía que podía venir en cualquier momento, es una necesidad de la especie, pero aun así...

Azi hizo sentar a Pio en el suelo, era el único lugar donde cabían dos en el cubículo-vivienda. Le quitó la máscara y empezó a acariciar su pelo.

—¿Has escuchado que un bebé se parece a la mujer que lo llevó? —preguntó—. Me gustará que exista alguien más como tú.

—Alguien más como yo —suspiró ella—. Lo que a mí me gustaría es alguien como tú.

—Pero alguien como yo no podría estar bien en el criadero sin ti.

—Entonces se llega a lo mismo de siempre.

Azi sintió una lágrima resbalar por su mejilla, no habría podido decir quién la lloraba.

—Pero tú y yo no puede ser uno.

Nosotros

BITÁCORA

Noviembre de 2016

Un susurro en mi mente mientras dormía. En los primeros minutos del despertar esa idea y otras fueron tomando forma. De pronto encontré que tenía tres cuentos por escribir.

Desde hace tiempo venía preguntándome qué haría para mi trabajo de grado. El siguiente semestre tendría que empezar. Confiaba en que se me ocurriría algún tema antes de que eso pasara, pero el tiempo se acercaba sin que nada apareciera. Hasta esa mañana. En otras ocasiones me he despertado con la conciencia de que el sueño que estaba teniendo podría convertirse en un buen relato; pero, en esta ocasión, no recuerdo haber soñado propiamente con ninguno de los cuentos. Pareció como si sugirieran un tema en mi oído antes de abrir los ojos. Al despertar, las otras dos ideas llegaron a mí; así, sin detonante inmediato, sin esfuerzo.

Días después, una de esas ideas vino a tomar vida en un museo de tecnología. Exhibían un androide construido para ser lo más parecido posible a un humano. La funcionaria que lo presentaba preguntó al público qué le faltaba al robot para serlo. Alguien respondió que no parpadeaba. “Es verdad”, dijo la funcionaria; “pero, incluso si parpadeara, no sería todavía un humano, ¿cierto?”. Esa pregunta se hundió profundamente en uno de mis cuentos.

Primer semestre de 2017

Empecé a tomar la materia de Proyecto de trabajo de grado. Sus exigencias eran muy ajenas a lo que yo suelo hacer al escribir. Ciertas cosas resultaron útiles, en la medida en que obligaban a pensar más a fondo en una idea aún nebulosa. Sin embargo, me pasé todo el semestre sin escribir una palabra de los cuentos.

Por otra parte, el hecho de que yo planeara escribir tres cuentos significó para mí un triple esfuerzo. Aunque los tres recorren un mismo camino, el tema concreto de cada uno es diferente. Por ejemplo, al intentar plantear un estado del arte, me sentía haciendo tres estados del arte diferentes.

En todo caso, lo que originalmente eran ideas —apenas temas en mi cabeza—, fueron tomando algo de cuerpo conforme pasaba el tiempo. Cada uno iba a su ritmo: muy pronto tuve claro cómo se desarrollaría “Jugar a las muñecas”; en “Jugar a marchar” me parecía ya saber que sucedería,

aunque aún no tuviera unos personajes definidos; en cambio, con “Jugar a las escondidas” no lograba avanzar nada.

Compartir eso que planeaba escribir con mi mamá, cosa que no había hecho nunca, resultó muy útil. Mientras hablaba, los cuentos iban escribiéndose en mi cabeza.

Agosto de 2017

Me propuse construir una estructura para los cuentos en la cual especificara cuales eran las ideas que quería abordar, el tipo de sociedad en la que se desarrollaría y lo que sucedería. También esto era algo que nunca había hecho antes. Las estructuras de “Jugar a las muñecas” y de “Jugar a las escondidas” aparecieron fácilmente, aunque para “Jugar a las escondidas” no lograba pensar en un final. Sin embargo, había descubierto que mi plan original para “Jugar a marchar” no resultaba en absoluto desafiante; diferentes tipos de sociedad se sucedieron en mi cuaderno sin que ninguno me convenciera.

Empecé por escribir “Jugar a las escondidas” a mano. Había sido el que menos claro tenía en mi cabeza, pero ahora las palabras fluían y se derramaban por las páginas sin ningún obstáculo. Nunca tuve que pararme a pensar en cómo continuar, hasta que llegué al momento en donde debía decidir qué final darle. Ahí me quedé completamente cortada. Después de barajar unas cuantas opciones decidí pensar en eso más adelante.

Me puse a la tarea de escribir “Jugar a las muñecas”. Las primeras dos páginas se llenaron de letras en un segundo. Después, fue como si el alfabeto me abandonara. Nada. Ni una palabra.

Septiembre de 2017

Como “Jugar a las muñecas” me había vuelto la espalda, me puse a escribir la versión a computador de “Jugar a las escondidas”. Mi doble trabajo resultó bastante útil. Por lo común, cuando estoy solo releendo un texto para corregirlo es poco lo que modifico. Sin embargo, como estaba escribiéndolo de nuevo, modificar lo escrito era casi una necesidad. Modificarlo para mejor.

Nunca he sido buena amiga de los finales abiertos. No obstante, ante la imposibilidad de escribir un final para “Jugar a las escondidas”, decidí agregar apenas un par de frases y dejarlo así. En realidad, ahora creo que el final abierto es el único apropiado para él.

“Quiero escribir, pero me sale espuma”, por fin vivía ese verso. En mi estructura decía lo que debía suceder en “Jugar a las muñecas”, pero no había modo de que en el papel sucediera. Escribir dos párrafos era una tarea titánica, y al terminarlos resultaban ser impresentables.

No tenía otra opción más que escribir, sin embargo. Y me aferré por días al lápiz diciéndome, “ya mejorará en la segunda versión”.

Octubre de 2017

Y mejoró. La segunda versión de ese escupitajo que era “Jugar a las muñecas”, apareció con toda facilidad en el computador. Los acontecimientos se mantenían en gran medida iguales, pero casi cada frase se convirtió en otra.

No quedaba sino sentarse a trabajar en “Jugar a marchar”. ¿Creía yo que “Jugar a las muñecas” era el Everest? ¡Qué equivocada! “Jugar a las muñecas” era Monserrate, ante lo que significó escalar cada palabra de “Jugar a marchar”.

Ahora me doy cuenta de que comienzo “Jugar a marchar” hablando del mar y la espuma. Por supuesto, si desde el primer párrafo espuma fue lo único que manchó las páginas. Ni siquiera pude completar la estructura, lo que se me ocurría resultaba demasiado similar a los otros cuentos. No encontraba cómo describir el mundo sin utilizar una perspectiva externa a él. La protagonista cambió mil veces de trabajo en mi mente. Finalmente me resigné a escribir solo lo más principal, sin describir el mundo, ni otros aspectos de la vida de la protagonista.

Noviembre de 2017

En el computador el cuento fue fluyendo un poco mejor. No se me ocurría aún cómo complementar los vacíos en el relato. Pero, al menos, los párrafos que escribía con mucha dificultad, quedaban decentes. Luego fui agregándole los episodios que hacían falta. Además, se me había ocurrido un juego con el lenguaje que me parecía bastante acertado.

Escribir fue una tortura, pero el resultado me dejaba contenta.

Era el momento de revisar y corregir los cuentos. “Jugar a las escondidas” había sufrido grandes modificaciones que aumentaban mucho su calidad. Un día cualquiera, mientras trabajaba en él, el computador se apagó. El servicio técnico me lo devolvió dos días después: formateado.

“Jugar a las muñecas” y “Jugar a marchar” no perdieron mucho, los tenía en el correo electrónico. Sin embargo, de “Jugar a las escondidas” solo tenía la primera versión. Todos los cambios, la bitácora hasta ese momento y una buena parte de la bibliografía que había recogido para leerla más adelante, se perdieron.

Enero de 2018

Haber perdido todo ese trabajo resultó muy duro. Cada vez que me sentaba a escribir, no podía dejar de pensar que estaba malgastando el tiempo con un trabajo que ya había hecho y que antes me había quedado mucho mejor. Una y otra vez intentaba trabajar en “Jugar a las escondidas”, avanzaba un poco, hasta llegar a una parte donde recordaba haber hecho una modificación sustancial, y ahí me quedaba congelada. No era solo que no pudiera traer de vuelta las mismas palabras, era que tampoco querían aparecer palabras nuevas.

Por otra parte, iba leyendo novelas de ciencia ficción, un género al que nunca antes me había acercado. Aunque, en la mayoría de los casos, sus temas no fueran similares, descubrí en ellas muchas preguntas que yo también hacía y muchos elementos que yo creía haber inventado. También iba adelantando el trabajo investigativo. Me olvidé de los cuentos por un tiempo largo, mientras me concentraba en eso.

Febrero de 2018

Tan fácil de escribir que había sido “Jugar a las escondidas” y ahora era el que me daba problemas. Decidí volverlo a escribir desde el principio, con mi anterior versión como referente. Fue una buena idea. Como dije antes, al reescribir se me hace casi imperativo modificar; ya no me da miedo agregar, quitar, cambiar. La nueva versión me dejó satisfecha.

Releí los tres cuentos para hacer las últimas correcciones. Me obligué a sentarme a pensar en un título para los dos que aún no lo tenían. Escribí lo que me faltaba de la bitácora. Creo que es todo, sonrío.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía citada

- Annas, Pamela J. “New Worlds, New Words: Androgyny in Feminist Science Fiction” *Science Fiction Studies*. 5 (1978). Web. Enero 17 de 2018.
- Attebery, Brian. *Decoding Gender in Science Fiction*. New York: Routledge. 2002. Web. Enero 15 de 2018.
- Babae, R., Kaur, H., et al. “Critical Review on the Idea of Dystopia” *Review of European Studies*. 7 (2015). June 26, 2015. Web. Enero 9 de 2018.
- Bonner, Frances. “From the Female Man to the Virtual Girl: whatever Happened to Feminist SF?” *Hecate*. 22(1996). p104, 16 p. Web. Enero 18 de 2018.
- Elkins, Charles. “An Approach to the Social Functions of American SF” *Science Fiction Studies*. 4 (1977). Web. Diciembre 5 de 2017.
- Gilarek, Anna. “Marginalization of ‘the Other’: Gender Discrimination in Dystopian Vision by Feminist Science Fiction Authors”. *The Gruyter*. Diciembre 4 de 2012. Web. Noviembre 20 de 2017.
- Huntington, John. “Utopian and Anti-Utopian Logic: H.G. Wells and his Successors”. *Science Fiction Studies*. 9 (1982). Web. Enero 23 de 2018.
- Kühl, Eike. Newspeak, Nadsat and Láadan – The Evolution of Speech and the Role of Language in 20th Century Dystopian Fiction. Tesis, Goethe University Frankfurt, 2009. P. 17-27. Web. Enero 4 de 2018.
- Kunkel, Benjamin. “Dystopia and the End of Politics”. *Dissent*. 2008. Web. Noviembre 25 de 2017.
- Marcus, Eddy. “Speaking the Ineffable: Language and dystopia”. *Gradnet*. Web. Enero 10 de 2018.
- Matter, William W. “The Utopian Tradition and Aldous Huxley”. *Science Fiction Studies*. 2 (1975). Web. Enero 23 de 2018.

- Moreno, Fernando Ángel. “Primera parte: desde la ciencia ficción...” *Teoría de la Literatura de Ciencia Ficción Poética y Retórica de lo Prospectivo*. España: Portal Editions, 2010. Web. Noviembre 28 de 2017.
- Thomas, Paul, Ed. “Challenging Science Fiction and Speculative Fiction”, “A Case for Speculative Fiction”, “SF and Speculative Novels”, “SF Novels and Sociological Experimentation”. *Science Fiction and Speculative Fiction: Challenging Genres*. Sense Publisher. Web. Enero 9 de 2018.
- Rieder, John. “On Defining SF, or Not: Genre Theory, SF, and History” *Science Fiction Studies*. 37 (2010). Web. Octubre 27 de 2017
- Schäfer, Martin. “The Rise and Fall of Antiutopia: Utopia, Gothic Romance, Dystopia”. *Science Fiction Studies*. 6 (1979). Web. Noviembre 18 de 2017.
- Paik, Peter Y. “The God That Succeeded” *From Utopia to Apocalypse: Science Fiction and the Politics of Catastrophe*, University of Minnesota Press, 2010. ProQuest Ebook Central. Web. Enero 9 de 2018.
- Williams, Raymond. “Science Fiction”. *Science Fiction Studies* 15 (1988). Web. Enero 24 de 2018.
- Williams, Raymond. “Utopia and Science Fiction”. *Science Fiction Studies*. 5 (1978). Web. Diciembre 4 de 2017.

Bibliografía consultada

- Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451. Secret Satire Society*. Enero de 2014. Web. Octubre 15 de 2018.
- Dick, Phillip k. *Do Android Dream of electric Sheep? La Reuve des Ressources*. Web. Agosto 4 de 2017.
- Huxley, Adouls. *Un mundo Feliz. Jorge Letralia*. Web. Agosto 8 de 2017.
- Le Guin, Ursula K. *The Left Hand of Darkness*. Gateway, 2017. Web. Noviembre 10 de 2017.
- Nicolaescu, Brîndușa. “Aesthetic, Ethical and Empirical Readings: Revisiting Dystopian Fiction” *Library & Information Science Research*. 19 (2015) p153-159. Web. Enero 12 de 2018.

Orwell, George. 1984. Australia. *Planet eBook*. Web. Octubre 15 de 2017.

Rand, Ayn. *Himno*. Guatemala: Adelaida Loukota, 2012. Web. Enero 7 de 2018.

Russ, Joanna. *The female Man*. Gateway, 2010. Web. Noviembre 10 de 2017.

Zamiatin, Yevgueni. *Nosotros*. 1922. *Ciudadano Austral*. Web. Enero 25 de 2018.